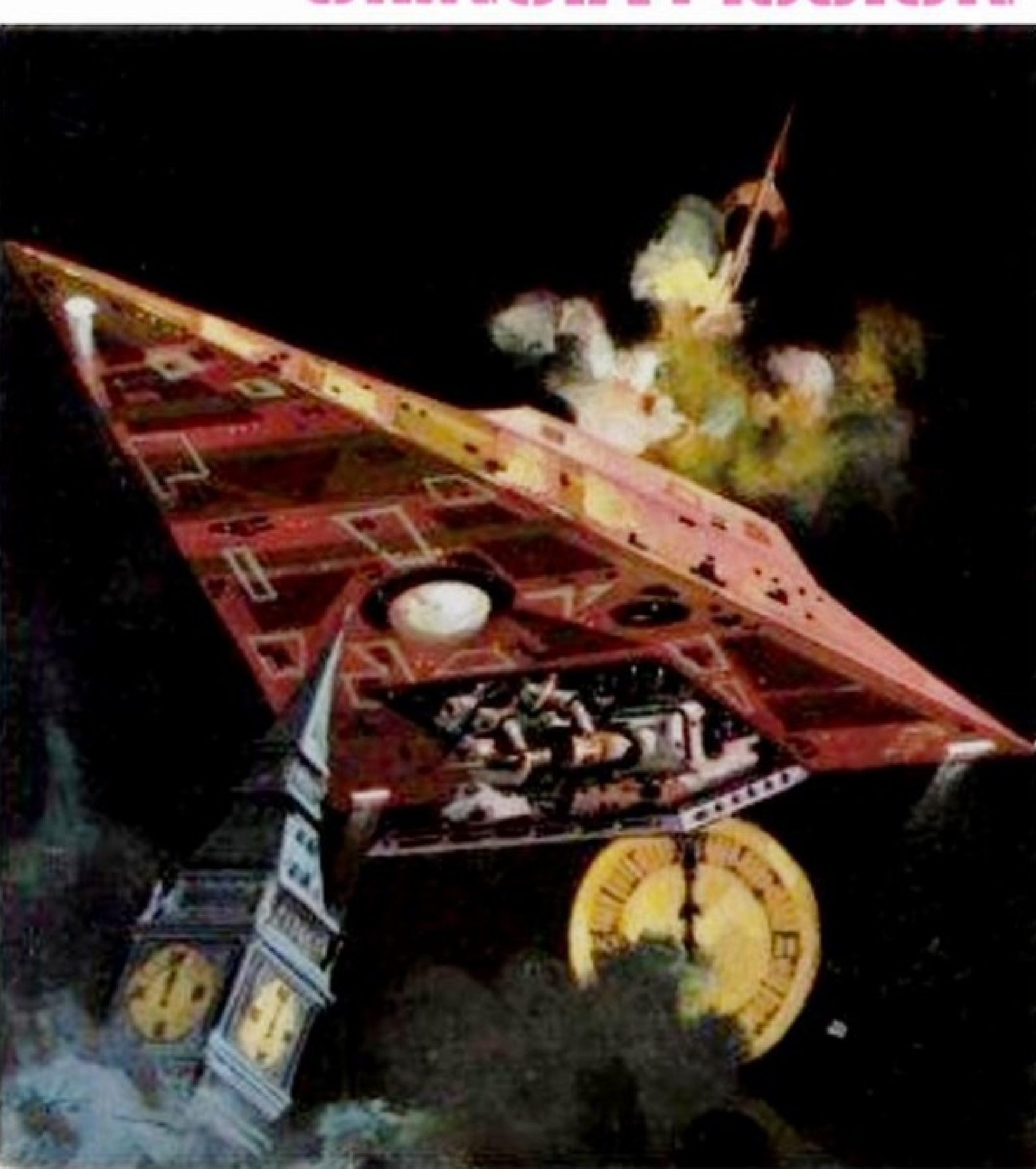
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

EL 32 DE DICIEMBRE

Curtis Garland

CIENCIA FICCION




cb
LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

373 – Secuestro de una ciudad espacial, *Clark Carrados*.

374 – Base secreta, *A. Thorkent*.

375 – Cementerio volante, *Kelltom McIntire*.

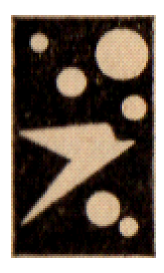
376 – Un mundo en tinieblas, *Alf Regaldie*.

377 – Bacterias gigantes, *Marcus Sidereo*.

CURTIS GARLAND

EL 32 DE DICIEMBRE

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 378
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 2.903 1977
Impreso en España *Printed in Spain*.
1ª edición: junio, 1977

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

«¿Es este mundo un sueño?
¿Es realidad?
Realidad y sueño, todo junto;
pues es… y no es.»
KOKINSHU XVIII, 10.

Siempre había sido una fecha solemne aquélla. Siempre se celebraba con esplendor, con un entusiasmo que muchas veces no quedaba luego justificado en absoluto, al adentrarse en el nuevo período de tiempo. Claro que un año era un largo espacio formado por meses, semanas, días, horas, minutos o segundos. Y en ese tiempo podían suceder tantas cosas… Generalmente, se alternan las buenas y las malas; pero el ser humano olvida fácilmente todo lo bueno que recibe, para recordar sólo lo malo. Y entonces, uno siempre cree que ha sido un mal año aquel que celebró ruidosamente en su advenimiento. Por lo cual, en vez de aceptar con mesura el inmediato, prefiere extremar su júbilo, quizá esperando que el siguiente período de tiempo formado por los doce meses, sea mejor que el anterior.

E invariablemente, la suerte se repite, con todo lo bueno y lo malo del año precedente. A veces, puede ser mejor. Pero por regla general, es peor. Y la danza sigue. Siempre sigue. Porque la noche de un 31 de diciembre es siempre un acontecimiento.

Lo fue para los ciudadanos del mundo, ya en la noche última del año 1899, a punto de entrar en el bendito, asombroso y desconcertante siglo XX.

Si una noche de fin de año tiene importancia… ¡imagínense el fin de un siglo, que marca el principio de otro! Entonces, el tumulto alcanza límites increíbles: la gente se arroja a las calles en riadas, y el estruendo que acoge ¯en cualquier lugar del mundo¯ las doce mágicas campanadas de la medianoche entre un año y otro, se convierte en clamor al ser también el umbral entre un siglo y otro.

¿Quién iba a decirles a los que aclamaron jubilosamente el

acceso al nuevo siglo, allá en la noche del 31 de diciembre de 1899, que andando el tiempo conocerían dentro de la misma centuria, hasta dos guerras mundiales, un número increíble de guerras locales o civiles, la llegada de una serie de nuevas ciencias, la explosión demográfica del mundo, los avances inauditos de la cirugía y la medicina, el esplendor de antibióticos, sulfamidas, hallazgos biológicos como el ADN, el control de natalidad, la genética, los trasplantes, la bomba atómica, la de hidrógeno, la cibernética, la astronáutica, el caos automovilístico y aéreo, la conquista de la luna, de algunos planetas, de los espacios cósmicos, el triunfo de la televisión, hasta en color y relieve, la génesis de la tecnología más audaz, y el triunfo del hombre como investigador y técnico, junto a su eterno fracaso como simple ser humano, teóricamente libre ante sí mismo y ante su sociedad.

Todo eso sucedió en el siglo XX. Nada de eso imaginó el rutinario, barbudo y aburguesado ciudadano del delicioso año 1899, todavía con olor a colonialismo, a costumbres demodés, y a una decadencia encantadora y abúlica; con tertulias de café, politización masiva de los pueblos, y brotes de extremismos considerados audaces y corrosivos, y que décadas después hubieran parecido excelentes y saludables al más recalcitrante burgués.

Y si eso sucedió el 31 de diciembre del año 1899, ¿qué menos podría esperarse del final del siglo XX, con su carrusel vertiginoso e increíble de progreso científico, técnico, económico y político? ¿Qué no harían las multitudes del mundo entero, la noche final del mes de diciembre del año

1999, último del siglo XX?

Pues justamente lo que hicieron.

Sin saber, naturalmente, lo que podía reservarles el nuevo siglo. Sin saber siquiera cómo iba a ser el esperado, soñado y casi mitológico año 2000 de la Era Cristiana.

Y, quizá, más valió así.

Porque al menos, no supieron lo que iba a venir. Y pudieron celebrar todo aquello que, de otro modo, jamás hubiera tenido por qué celebrarse…

CAPITULO II

Los astronautas miraron a la pantalla de televisión de su cabina; después cambiaron entre sí una ojeada expectante. El comandante Solohov, del Astródromo Lenin de la Unión Soviética, consultó su infalible reloj cronómetro de pulsera, sobre el atavío espacial.

—Dentro de cinco horas será la medianoche —dijo—. ¿Llegaremos a tiempo?

—Creo que sí —comentó el coronel Barry Jaffe, de la NASA norteamericana—. Si todo funciona perfectamente, a las once de la noche, hora de Greenwich, estaremos en el punto señalado, en EuroCosmo Centro. Creo que todos podremos celebrar la entrada del año en la base.

—Del año… y del siglo —señaló sonriente el doctor Feng, del Centro de Investigaciones Cósmicas de la República Popular China —. De vuestro siglo, naturalmente. Porque nosotros, los chinos, tenemos nuestro propio calendario, nuestro Año Nuevo y nuestros siglos, diferentes a los de uso en Occidente. Sin embargo, todo sea por la convivencia científica de nuestro tiempo, caballeros. Celebraremos la entrada en el anhelado año 2000, juntos en Europa, en la Base Cinco de Estudios Espaciales de las Naciones Unidas, en Inglaterra. Gustosamente beberé champaña con ustedes. Y brindaremos por un feliz siglo XXI para todos los pueblos de la Tierra.

—Sin distinción de razas ni de ideologías políticas —suspiró la profesora Graham, sacudiendo su cabeza rubia natural, de terso cabello sobriamente recogido en la nuca, bajo su esférica escafandra espacial—. Casi como un sueño de la vieja Humanidad, ¿no creen?

—Casi, casi —admitió con cierto escepticismo Luther Brampton, el negro y vigoroso experto en comunicaciones cósmicas, girando la cabeza con leve gesto de ironía—. Pero la gran utopía está lejos de ser una realidad universal. Aún hay segregación racial en Estados Unidos. Y en Sudáfrica, y en Rhodesia. Todos estos años de esfuerzos no han servido de mucho, a fin de cuentas.

—Pero la convivencia es un hecho —rió el comandante Boris

Solohov—. Aquí estamos ahora a bordo de una misma nave espacial, cumplida nuestra misión científica en el espacio, nada menos que cinco personas de diferente nacionalidad. Un norteamericano, un ruso, un chino, una inglesa y un africano de color. Todos unidos por la ciencia y el progreso. Casi conmovedor, ¿no?

—Está burlándose de algo que realmente es serio, Solohov —le rectificó sobrio el coronel Jaffe—. Sé que todos los reunidos aquí no tenemos prejuicios políticos, sociales ni raciales. Estamos por encima de todas esas cosas, pero por desgracia no es lo que prevalece en el mundo. Todavía no. Se ha progresado mucho, pero no lo suficiente. Aún quedan años de lucha y de esfuerzo por integrar a todos los seres humanos en una misma dimensión humana: económica, social y política. Y esto no es cosa de broma.

—Si nos lo tomáramos en serio, coronel, sería aún peor —señaló con un suspiro el doctor Feng, enarcando las cejas sobre sus oblicuos e inteligentes ojos—. No puede decirse que hayamos triunfado plenamente en nuestros sueños de hacer un mundo mejor. Pero al menos, algo conseguimos ya: no es peor. Y eso es importante, ¿no?

—Muy importante —admitió Luther Brampton, grave su mirada; luego sonrió con amplitud—. Durante este vuelo espacial, me he sentido realmente feliz con ustedes. He llegado a pensar que todo era posible en nuestro mundo. Nunca me sentí humillado ni inferior.

—No había por qué, Luther —replicó la profesora Hazel Graham —. Es usted igual que nosotros. Como cualquiera de los cinco. Una piel puede tener un pigmento determinado; eso nada representa. Su cerebro es lo que cuenta. Y su cerebro, Brampton, ha sido elegido por la Asamblea Internacional de Estudios Espaciales de la ONU. Para los demás, nos bastó su designación. Luego, durante el viaje de ida y vuelta hasta Saturno, ha demostrado ser todo lo que necesitábamos. Y eso es lo que cuenta para el éxito de la empresa. Por otro lado, como camarada y miembro de la tripulación, su comportamiento ha sido excelente. Creo que todos están de acuerdo conmigo. ¿Dónde está, pues, la diferencia que pudiera hacerle sentirse humillado o inferior?

—Mi color, profesora —musitó el astronauta—. Sigo siendo

negro, diga usted lo que diga. Al menos… para ellos.

—Ellos —suspiró Barry Jaffe mirando abajo, a la Tierra, a la que se aproximaban a medida que la cápsula descendía, en su viaje de retorno al planeta al que pertenecían los cinco miembros del Proyecto Naciones Unidas—. Me pregunto qué diferencia verían entre sí desde aquí arriba; todo es igual para nosotros, y las criaturas que abajo viven ni siquiera son visibles, y suponen nada en la superficie del mundo.

Hubo un silencio en la nave. La cápsula penetraría pronto en la atmósfera terrestre, y sería ya el principio del auténtico regreso. Entonces empezarían realmente a sentirse en casa tras el largo vuelo cósmico, un millón y cuarto de kilómetros de distancia desde el planeta Tierra hasta el mundo rodeado por el anillo de partículas y polvo cósmico, allá en la negra noche eterna de los cielos.

Transcurrieron unos minutos de silencio dentro de la cápsula que viajaba en el espacio. Solamente se percibía el sonido de las voces, allá en los centros de control de vuelo, transmitiendo sus informes técnicos a la nave. Informes que eran cuidadosamente anotados por Brampton o por los grabadores magnéticos de a bordo, para inmediatamente actuar sobre las células de la computadora de la cápsula. Todo ello contribuía a mantener la normalidad en el vuelo, con sus mil complicadas facetas y minuciosos mecanismos en acción.

Luego, contemplando el mundo azul que se extendía ya a sus pies, difuminado por las masas de nubes, mientras iban aproximándose a las zonas en sombras que convertían el día en noche en uno de los hemisferios terrestres, justamente aquel en que Europa se hallaba situada, fue el comandante Solohov, el astronauta soviético ¯veterano ya en vuelos interplanetarios durante la última década¯ quien hizo el comentario, como si hablara en voz alta consigo mismo, y no con los demás compañeros de vuelo en el espacio:

—Me pregunto…

—¿Qué, comandante? —se interesó, curioso, el doctor Feng.

—…lo que estará sucediendo ahora allí abajo. Lo que la gente se preguntará sobre el futuro, sobre el nuevo siglo que va a comenzar, sobre este año 2000 del que tanto se ha escrito durante décadas enteras, calificándolo de umbral de una nueva Era…, o del

último día para la Humanidad.

—Las cifras redondas siempre se prestan a las cábalas más infantiles —sonrió la profesora Hazel Graham, inclinándose sobre uno de los miradores ovalados de la cápsula espacial para mirar a la distancia, a la gran esfera azul de la Tierra—. Pero en el fondo, yo creo que todo seguirá igual. El principio de una época maravillosa (o el propio fin del mundo) no son cosas cuya clave se encierre en unas simples cifras, sino en nosotros mismos; en el Hombre y en su obra, en la circunstancia y el momento de nuestra existencia y de nuestro progreso o retroceso en el campo científico y humano.

—Eso es muy cierto, profesora —asintió calmoso Barry Jaffe—. El año 2000 no tiene por qué ser diferente a los demás. Si algo sucede en él, hermoso o terrible, igual pudo haber sucedido en otro año cualquiera. Sus guarismos serán simple accidente, y no el motivo de todo ello.

El comandante Solohov seguía contemplando la superficie terrestre con aire pensativo. Y comentó:

—Sí, todo será igual para siempre. Esta noche, última del siglo XX, primera de un nuevo año y un nuevo siglo, pórtico del esperado y temido año 2000… será como cualquier noche en la historia del mundo. Alguien nacerá, alguien morirá, alguien verá realizarse sus sueños, alguien se sentirá defraudado; dos personas se amarán, otras dos dejarán de amarse… Como siempre, amigos míos. Como cada noche y cada día, en cada lugar del mundo.

La cápsula iba a entrar en contacto con la atmósfera terrestre. Los instrumentos de a bordo lo señalaron con matemática precisión. Se dispusieron a afrontar las maniobras y precauciones pertinentes.

Olvidaron sus comentarios. Se dedicaron de lleno a su tarea de retorno a la Tierra. Y, como dijera Solohov, dejaron de lado su preocupación por lo que pudiera suceder abajo en el mundo, aquel último día de diciembre, del año y del siglo.

Era probable que todo fuese como predijera el astronauta soviético: que alguien estuviera naciendo en ese momento, alguien estuviera muriendo o a punto de morir, y así todo. Como cada día y cada noche. Como siempre había sido y como siempre sería, mientras el mundo fuera mundo.

No había razones de ningún género para pensar en algo distinto.

Y sin embargo…

Sin embargo, Solohov no tenía razón. O la tenía sólo en parte.

Alguien iba a nacer, sí. Alguien iba a morir. Pero no todo iba a ser como siempre. No todo.

CAPITULO III

Faltaban pocas horas. Muy pocas.

Peter Ashton paseó por la celda, nervioso. No había creído que fuese tan malo. No tenía por qué serlo para un hombre como él. Esto era algo que formaba parte del juego: se ganaba o se perdía. Él había perdido, y debía aceptar las reglas. Las había aceptado tácitamente cuando corrió el riesgo; luego jugó… y perdió.

Hasta ahí, conforme todo. Peter Ashton siempre tuvo sangre fría, una tremenda dosis de sangre fría para todo, o no estaría donde ahora estaba. Pero había cosas que luego, en la realidad, no eran como él había creído.

Supo perder. Aceptó deportivamente el fracaso y su consiguiente precio a pagar. Pero ahora era el momento de hacer efectivo ese precio, y eso sí que era distinto. Ahí no cabía mantener la serenidad a ultranza.

El precio era demasiado elevado. Antes le pareció justo; cuando inició su juego, las reglas estaban perfectamente definidas. Ahora, el momento de pagar, era duro. Muy duro.

La vida es un precio muy alto. Sobre todo la propia.

Y era lo que tenía que pagar a sus acreedores. Lo que Peter Ashton perdió al ser vencido por las leyes, por la policía, por la sociedad a la que quiso enfrentarse. Ese había sido el peligroso juego. Ahora, tras el fracaso, llegaba el momento de liquidar deudas. El momento de morir, como marcaba la ley.

Peter Ashton respiró hondo. Estrujó los dedos de sus manos entre sí.

—No —dijo en voz alta, como hablando con alguien; aunque en la aséptica celda, bajo la fría luz azulada, no había nadie más—. No va a ser tan fácil como pensé, maldita sea.

Le irritaba. Le irritaba y disgustaba profundamente comportarse así. Él, que siempre se había mostrado sereno, impávido, como mero espectador de cuanto sucedía a su alrededor; como si el mundo, los frenos sociales y morales y todo lo demás no formaran parte de su propia vida. Y ahora tenía que dejar todo atrás. Tenía que dejarse sacar de la celda, conducido a la cámara de

ejecuciones… y morir.

Morir al amanecer. Justamente al amanecer del día 1° de enero del año 2000.

Inglaterra volvía a tener pena capital, después de tantos años de discusiones sobre el particular. Y él era una de las personas destinadas a vivir esa sentencia en sí mismo.

«Ni en día festivo deja de trabajar el verdugo en nuestros tiempos», se dijo, en un destello de agrio humor. «Peste de gente…».

Siguió paseando. La celda no era demasiado estrecha ni demasiado ancha tampoco. Suficiente para ir y venir, como una fiera enjaulada. Una fiera esperando la muerte, además.

La muerte…

Le había parecido un deporte, casi un juego. Sobre todo, cuando eran los demás quienes morían. Ser asesino, había sido para él un oficio productivo. Ganó dinero a costa de algunas vidas. Ese había sido el juego. Sus riesgos, resultaría necio ignorarlos. Los evitó durante mucho tiempo, hasta que todo se terminó. Ahora la ley se cobraría su revancha.

Hasta la celda de la muerte no se filtraban los rumores del gentío que, en las calles londinenses, estarían aguardando la entrada del nuevo año y el nuevo siglo. Pero Peter Ashton creía sentir el bullicio callejero en su mente, retumbando dentro de su cerebro. No le permitían ver relojes, para que no fuera mayor su angustia durante la espera; sin embargo, hubiera podido asegurar que eran aproximadamente las diez de la noche. Dos horas. Solamente dos horas para el umbral del 2000.

Algunos reos a muerte, tras la implantación de la nueva pena capital en territorio británico allá por el 1988, habían tenido suerte. A última hora, les fue dado elegir entre ir a las colonias lunares o morir en la Tierra.

No es que las colonias lunares fuesen precisamente un paraíso. Solamente condenados y gente sin esperanzas iban allá arriba, a hundirse en una vida fea y dura entre minerales raros, respirando aire artificial llevado desde la Tierra, entre arsenales de experimentación, laboratorios y todo eso. Nuevos forzados a galeras, ahora en singladuras espaciales bajo la negra noche sin atmósfera.

Recordaba muy bien un caso, el de Stillman. Hank Stillman, el asesino americano, enviado a Marte con una carga de gas letal para su destrucción. Stillman, condenado por los tribunales ingleses a la pena capital por delitos en el país, terminó indultado a cambio de transportar aquel gas mortífero a una zona desolada de Marte; allí debía ser depositado y destruido automáticamente tras partir él del rojo planeta, en regreso hacia la Tierra, dentro de una cápsula que, antes de llegar a nuestro planeta, se detendría en la Luna para depositar allí al reo.

Nadie en su sano juicio hubiera conducido aquel proyectil de muerte, salvo un hombre que no tuviera nada que perder. Eran cargas y cargas de gases paralizantes, armas de muerte de la guerra química. Sus propios creadores, asustados de las posibles consecuencias de la conservación de un stock en el que ya se habían empezado a apreciar fisuras y escapes ¯a causa de la acción del tiempo en sus envolturas metálicas¯, optaron por enviarlas a la destrucción, en un planeta lejano y solitario como era Marte.

Sí, Hank Stillman tuvo suerte. Al menos, debía estar a estas horas camino de Marte, o de regreso de él. Salvó su vida muy a tiempo. Pero él no esperaba tener esa suerte. ¿Quién diablos se acordaría, en una Nochevieja, de un hombre destinado al verdugo? ¿Quién tendría nada que hacer, para pensar en Peter Ashton como tripulante de una de esas naves para condenados? Nadie, evidentemente.

Sí. Él, Peter Ashton, iba a morir poco después de una efeméride mundial, cuando todos los demás fueran felices, celebrando el nuevo año que era también una nueva centuria.

Así era el mundo. Así eran sus cosas. Él moriría, posiblemente, mientras en algún lugar, otro ser humano iba a nacer.

Era terrible. Terrible y demoledor para quien estaba destinado a la muerte.

Quizá hermoso para el que iba a empezar a vivir en una nueva Era de la Humanidad…

*

—¿Se encuentra bien, señora Novak?

—Sí, sí… Estoy… mucho mejor, gracias —suspiró ella, dentro de la hermética campana plástica en que se hallaba internada, en la sala diecinueve de la torre de Maternidad del Gran Hospital

General de Londres. Su voz llegó hasta los médicos a través del sistema auditivo aplicado a la campana plástica para casos graves.

—No debe temer nada, señora Novak —la alentó el doctor Hogan, de Maternidad y Tocología—. El peligro pasó, al ser usted adecuadamente atendida. Su ahogo, su estado de ahora no será problema para el nacimiento del pequeño, esté segura.

—Quisiera estarlo, doctor —musitó Kathleen Novak, agitando suavemente su rubia cabeza sobre la almohada—. Al menos que nazca mi hijo, aunque yo no sobreviviera, doctor.

—No diga esas cosas —la calmó el médico—. No va a suceder nada semejante. Usted y la criatura sobrevivirán perfectamente. Los métodos actuales son excelentes. Lo peor hubiera sido el no llegar a tiempo; pero llegamos, y eso es lo que importa. Su corazón está siendo reactivado mediante impulsos electrónicos. Está respirando un aire puro, limpio y sin contaminación alguna. De modo, señora Novak, que en esas circunstancias, el parto será algo simple y sin problemas, esté bien segura.

—Dios lo quiera, doctor. Por él, por Roger…

—Su esposo será muy feliz al regresar del viaje —sonrió el doctor Hogan—. No solamente llegará con el nuevo siglo a Londres, sino que ese nuevo siglo le habrá concedido un hijo. Prematuro, pero en perfectas condiciones físicas, y sin el menor riesgo para su esposa. Eso debe alegrarla, y hacerla apartar preocupaciones.

—Quisiera que fuese así, doctor, pero no es cosa fácil; créame.

—Le creo, señora Novak. Sé lo que es la ansiedad, el miedo. Todos hemos conocido el miedo y ansiedad suficientes para saber lo que sentirá quien esté temeroso por su propio futuro inmediato. Afortunadamente ya no se trata de temor a una guerra mundial o a un cataclismo, sino apenas miedo por cada uno de nosotros, cuando surge una enfermedad o un accidente. Sin embargo, en su caso no hay lugar a temores. Se la pudo atender a tiempo, dispone de todo cuanto es preciso para su seguridad y la de su futuro bebé, y sólo debe calmarse, sentirse tranquila y segura, para que su corazón soporte mejor todo lo que va a venir.

—Sí, doctor. Perdone mi terror. Espero ser una buena paciente.

—Lo será, señora. Una buena paciente, una madre feliz… y una esposa radiante. Usted misma lo verá.

—¿Y será… esta noche?

— Será esta noche. Esta madrugada. Cuando entremos en el año 2000, usted posiblemente habrá dado a luz una hermosa criatura.

Lo había logrado.

*

Era fácil en fechas así. Incluso los guardianes y médicos estaban ocupados en algo relacionado con el Año Nuevo. Fiestas, diversiones, celebraciones diversas. Siempre se descuidaban un poco. Y por poco que fuera, era suficiente.

Al menos, suficiente para él. Para eso era el más inteligente. El mejor.

Los demás eran justamente lo que decían sus historiales clínicos en el Centro de Reeducación

Psíquica de Su Majestad: locos.

Locos, dementes, maníacos, chiflados… Se les podía llamar de muchos modos. Cualquier nombre era válido. Cualquiera servía para definirles. Cualquiera correspondía a su exacta filiación clínica. Eran un puñado de enfermos. Enfermos de la mente.

Él, no. Él era diferente. Distinto a todos, a toda aquella alucinante agrupación de hombres y mujeres alienados. Él era un cerebro. Un gran cerebro. Un genio.

Eso la gente no lo entendía. El mundo lo rechazaba. Los genios irritan, molestan, despiertan envidias, odios, recelos. Los genios estorban. Sobran.

Él sobraba. Y se le había arrojado de un puntapié, fuera de la geografía social del mundo. Le habían tirado dentro de aquella pequeña celda blanca, limpia, pulcra, cuidada. Aislado. Lejos del mundo. Lejos de todos. Lejos de todo.

Así era la gente. Así era la sociedad. Cruel, estúpida, despiadada. Eran odiosos. 'Todos ellos eran odiosos. Todos. Y «ellos» eran la sociedad. El mundo. La Humanidad.

Les aborrecía. Les despreciaba. Les guardaba rencor. Todo su rencor, que era mucho. Que podía ser infinito. Y terrible.

Loco. Le habían calificado de loco. ¡Loco! A él. Al gran científico, al sabio, al hombre genial. Al profesor Heuvelman. Nikola Heuvelman, científico e investigador, descubridor e inventor; creador y genio de una gran época de la Humanidad, rica en tecnólogos, pero pobre en auténticos genios.

No; el mundo no podía permitirse el lujo de arrojarle a un lado,

de apartarlo como simple basura. No a él, al gran Nikola Heuvelman, el más grande cerebro que Bélgica, Europa o el mundo entero dieran a lo largo de los tiempos.

Y sin embargo, eso era justamente lo que habían hecho. Acusarle, despreciarle, burlarse, humillarle. Encerrarle entre cuatro muros, en un recinto para dementes, atendido como un orate más; sometido a un rígido tratamiento en el que los médicos, los psicólogos, los psiquiatras y neurólogos, eran los primeros cómplices de la gran conspiración para aniquilarle, para reducirle a nada, para silenciar su boca y su genio, su cerebro grandioso y privilegiado.

Iban a lamentarlo. Iban a sentirlo todos. En su propia carne, en su misma piel, en lo más íntimo y entrañable de sí mismos.

Esto era el principio. El principio de todo.

Escuchó mientras abandonaba el recinto sanitario, perdido en las proximidades de la capital inglesa, en una zona poco frecuentada, tranquila y solitaria. El lugar adecuado para… para un manicomio.

Contempló los altos muros, los jardines enrejados, los pabellones aislados, vigilados, controlados. Manicomio, sí. Sin eufemismos. Sin términos grandilocuentes y amables. Nada de clínica psiquiátrica, nada de centro de reeducación mental, nada de tonterías que disfrazaran la cruda y desagradable verdad. Manicomio. Así. A secas. Manicomio…

Rió entre dientes. Con jovialidad, con alegría, con entusiasmo.

Era bonito ver así las cosas. Desde fuera. Desde la libertad. Desde allí adonde no podía llegar la implacable mano médica, en su busca.

Estaba libre por fin. Libre. Lejos de todo enemigo, lejos de todo complot. Lejos de toda tiranía médica. Libre…

—Libre… —jadeó entre dientes, apoyándose, exhausto, en un árbol. Había sido fácil, pero también fatigoso. No se sentía con muchas energías ahora, una vez fuera del maldito recinto. Susurró entre dientes, apretando sus puños—. Estoy libre al fin… Libre para vengarme, para hacer sonar muy fuerte mi voz, para que repitan mi nombre con terror… Ellos lo quisieron. Pude haberles ayudado mucho. Pude haber beneficiado a la especie humana. Y no quisieron. No quisieron escucharme ni creer en mí… Yo les haré

pagar caro su error.

»Pensaron… Pensaron que porque yo hubiera descubierto un arma mortal… iba a utilizarla contra ellos. Pensaron que porque fuese capaz de desarrollar el más grande y fácil medio de matar al mundo entero, era un peligro para los humanos… Bien. Bien. Sí; ahora, sí. Ahora soy un peligro. Lo soy, porque vosotros lo quisisteis, y nada más. Lo soy, porque debo acabar con todos. ¡Con todos! Debo hacerlo. Debo demostrar al mundo, de una vez por todas, el error que cometieron conmigo. Y lo haré. ¡Vaya si lo haré, malditos sean todos ellos!

Soltó otra carcajada, larga y agria, y echó a correr. Se perdió en la noche, riendo entre dientes, con un júbilo feroz y maligno, como si todo aquello pudiera hacerle feliz a partir de ahora.

Dentro del establecimiento psiquiátrico seguían oyéndose voces risueñas, preparativos para las fiestas de aquella noche, la última del año y del siglo en la capital británica y en todo el mundo.

Nadie había advertido aún la fuga del profesor Nikola Heuvelman, el científico loco. Nadie sabía que el inventor del arma mortal más terrible de todos los tiempos estaba libre. Y que se dirigía justamente adonde dejara, antes de ser recluido, las muestras secretas de su terrible descubrimiento letal.

Para acabar con el mundo. Para terminar con la Humanidad en los umbrales de aquel año 2000, tal y como muchos siglos antes profetizara un extraño personaje llamado Nostradamus…

CAPITULO IV

Richard Novak respiró hondo. Recogió sus papeles nerviosamente.

Tenía prisa. Mucha prisa. Esa noche, Richard Novak no quería llegar tarde bajo ningún concepto. No quería llegar tarde al Hospital Central de Londres. Y sin embargo, aún estaba muy lejos de allí. Tenía el tiempo justo. Eso, si podía salir ahora del EuroCosmos Centro.

Nada le retenía allí, lógicamente, una vez dado el visto bueno oficial a la entrada en zona de aterrizaje de la cápsula Saturno II. Eso significaba que en diez o doce minutos, la nave espacial, de regreso de su largo viaje al planeta anillado con sus cinco cosmonautas a bordo, se posaría sobre la superficie del astródromo.

Eso significaría el fin de la tarea. De su tarea. Pero teóricamente, ésta estaba terminada ya. El propio general Harris se lo había dicho poco antes, asomado a su departamento de control y seguridad espaciales, en la torre central del EuroCosmos.

—Bien, Novak, creo que puede retirarse. Winfield o McKern se ocuparán de la rutina; todo ha ido bien en ese vuelo. Vuelva a Londres en seguida. Su esposa está a punto de dar a luz, y creo que debe estar cerca de ella cuando entre el nuevo siglo… con un heredero para los Novak. Suerte, muchacho.

—Gracias, señor —había respondido él—. Gracias por todo.

Terminó de recoger sus papeles y documentos con una sonrisa. Así era el general Harris, del cuerpo de Cooperación Espacial de las Fuerzas Aéreas británicas. Un viejo león inglés, con la bondad de un cachorrillo.

Miró a las pantallas de radar ante sí, y luego al cielo oscuro y nuboso de la fría noche final del año 1999. Final, también, del fabuloso siglo XX.

Cerró su carpeta con un suspiro. Todo iba bien. El último mensaje de Solohov y Jaffe, los astronautas ruso y americano, era satisfactorio. El regreso a la Tierra era un éxito, como lo había sido el viaje a Saturno. El espacio, al menos dentro del sistema solar, no ofrecía ya problemas insolubles al hombre. Habría que ir pensando

en otra cosa: Plutón, acaso otros sistemas solares, la Galaxia toda… Y luego, otras galaxias. El afán humano no tiene nunca fin. Solamente sus propias limitaciones podrían frenar el ansia humana de ir más lejos, siempre más lejos…

Ya en pocos minutos, los cinco astronautas estarían en su mundo, en su ambiente. Al margen de sus nacionalidades, esta noche la pasarían unidos, juntos en una Nochevieja diferente a todas. Despidiendo al más sorprendente siglo de todos los tiempos. Recibiendo, acaso, al más enigmático, esperanzador e inquietante a la vez.

Se encaminó a la salida de su cabina en la torre de control. Fuera, ya se preparaban todos los medios de emergencia para prevenir cualquier posible problema en la toma de tierra de la cápsula Saturno II.

Él nada tenía ya que hacer allí. Su tarea como jefe de control y seguridad, había virtualmente terminado. Lo demás era pura rutina. Y para eso estarían ya McKern o Winfield. El no era absolutamente preciso, pasado lo más difícil y arduo de la tarea.

En ese momento sonó el visoteléfono. Se volvió, sorprendido. Era la línea exterior. Se sobresaltó.

Acaso el hospital… Quizá algún imprevisible incidente en el proceso de su mujer… Kathleen tenía el problema de su corazón. Claro que había recibido garantías del hospital, tras situarla dentro de la campana de oxígeno, pero aun así…

Temblorosa la mano, descolgó el visoteléfono. En la pequeña pantalla azul se reflejó inmediatamente el busto de su comunicante. Richard respiró aliviado. No era ningún personaje de bata blanca. No era el hospital.

Era New Scotland Yard, Londres. El que hablaba, el que aparecía en la pantalla, era el superintendente Hamilton, un buen amigo. Parecía preocupado.

—Aquí Novak —dijo él—. Ya me iba. Me ha cogido aquí casualmente. Mi mujer va a…

—Lo sé, lo sé, Dick —replicó el policía, nervioso—. Perdone si le molesto, pero el asunto es urgente. Por eso quise hablarle a la mayor brevedad.

—Le escucho. ¿Qué sucede? —Novak frunció el ceño.

—No quiero que falte al lado de su mujer en estos momentos,

sobre todo en la fecha en que estamos —refunfuñó el superintendente Hamilton—. Pero ocurre algo que debe saber.

—¿De qué se trata?

— Se refiere al profesor Nikola Heuvelman. Ha escapado.

—¿Qué? —aulló Novak, palideciendo.

—Heuvelman. Se fugó del centro psiquiátrico. Usted sabe lo que esto significa.

—¿Si lo sé? ¡Cielos, es terrible! Ese hombre… Ese hombre es peligrosísimo. Está loco, lleno de odio, de rencor… Es capaz de todo.

—De todo, Novak. Y eso no es lo peor. Destruimos sus fórmulas, pero hemos sospechado en todo momento que guardó en alguna parte una muestra de su terrible arma destructiva. ¿Se imagina lo que sería capaz de hacer, si alcanza su arma y…?

—No quiero pensarlo —Novak estrujaba el auricular con su mano crispada; su frente se cubría de helada transpiración. Sacudió la cabeza—. ¿Alguna pista, algún indicio de adónde puede haberse dirigido o…?

—Nada de nada. Como científico y demente, es astuto hasta la exageración. No deja huellas. Abandonó el sanatorio hace cosa de dos horas; un médico de guardia descubrió casualmente el hecho. Asesinó a dos enfermeros para poder salir de allí sin despertar la alarma, en tanto el personal médico preparaba la fiesta de Año Nuevo. Algo terrible, Novak.

—Su fórmula, superintendente… —jadeó Richard Novak—. Recuerdo que una pequeña parte de su descubrimiento podía expandirse por el orbe entero, apenas fuese liberado de su recipiente. Y acabar con la Humanidad…

—Es cierto. Claro que es hipotético que exista, pero…

—Estoy seguro de que existe. Mientras él estaba aislado, no había problema. Pero ahora, si logra alcanzar el sitio donde ocultara semejante muestra… todos peligramos. Absolutamente todos, superintendente.

—He dado órdenes adecuadas. Todas las patrullas recorren la capital y los suburbios —el policía se enjugó el sudor de su rostro con nerviosismo—. Los alrededores de la zona donde se halla emplazado el centro sanitario están siendo batidos minuciosamente. Espero que consigamos algo.

—También yo lo espero —jadeó Novak—. Por el bien de todos, superintendente.

—Faltan solamente noventa minutos para el Año Nuevo… y ocurre esto.

—Espero que no se cumplan las profecías. La fuga de Heuvelman es lo peor que podía sucedernos. Pero ya no tiene remedio. Lo único que podemos tratar de evitar, es que él llegue a reunirse con su maldito descubrimiento.

—Heuvelman era del Centro Espacial de la ONU. Por eso le avisé a usted. Es tarea de ustedes evitar que ocurra lo peor, Novak.

—De sobra lo sé, superintendente. En lo que esté en mi mano, lo intentaré. Pido a Dios que me ayude.

—Pero usted tiene que ver a su mujer, a su hijo…

—Trataré de verles. De cualquier modo, eso es ahora secundario. Si ese maníaco suelta su producto, mi mujer, mi hijo, usted, yo y todos los demás seremos simples cadáveres. Solamente eso, amigo mío.

Colgó, exasperado. De los controles del astródromo llegaban noticias satisfactorias. La Saturno II brillaba ya en el cielo oscuro. Descendía. En unos minutos, tomaría tierra. Llegaban a tiempo de celebrar el Año Nuevo. Si es que tenían ocasión para ello, pensó amargamente Richard Novak.

Se inclinó sobre el tablero de controles. Accionó los sistemas de comunicación de la EuroCosmos Centro, la base espacial más importante del mundo después de las de la Unión Soviética, Estados Unidos y China Continental. Con voz trémula y nerviosa, comenzó a informar por todo el sistema de altavoces de la base:

—Atención, atención… Aquí torre de control y seguridad. Llamada de emergencia a todos los puntos de seguridad de la zona. Atención, atención. Habla Novak. Scotland Yard informa de la fuga del científico Nikola Heuvelman, del sanatorio para enfermos mentales donde se hallaba recluido tras su ataque de demencia peligrosa. Se teme que haya logrado conservar algún depósito oculto de su letal descubrimiento, y ahora esté en camino de ese ignorado lugar, para ponerlo en libertad y causar el caos mundial. Atención a todos los puntos de seguridad de la zona. Atención a los sistemas de comunicación de emergencia con todos los centros espaciales del mundo… Informen del peligro, del grave peligro que

corremos todos en estos momentos. Atención, atención…

Y siguió hablando, mientras el sudor corría copioso por su rostro, y su mente se llenaba con la imagen de Kathleen, su esposa, encerrada allá en Londres, en la torre de maternidad del Hospital Central, a la espera de la llegada de su hijo. El primer hijo. Y ella enferma de su delicado corazón.

Y él allí, a bastantes millas de Londres, repentinamente retenido por una noticia espantosa: la libertad de un loco que podía acabar con la vida en la Tierra.

«¡Dios mío!», pensó. «¡Dios mío, Kathleen, mi amor…! Espero que Dios nos ayude… Sólo en Él confío…»

Allá afuera se encendieron los proyectores rojos y blancos. Las pantallas de radar se llenaron de puntos luminosos. La sirena de aviso sonó, aguda.

En las amplias pistas, el Saturno II, la cápsula espacial llegada de las estrellas, había entrado en contacto con el suelo terrestre.

Los astronautas habían vuelto.

Justamente cuando el mundo estaba en peligro. Cuando la vida de todos los pueblos humanos pendía de un simple y frágil hilo.

Un hilo en manos de un científico loco, rencoroso y cruel, dispuesto a vengarse de la Humanidad.

*

Los cinco estaban ya fuera de su cápsula, en el recinto de esterilización.

Cuando los primeros viajes del hombre a la Luna, a fines de los sesenta, el período de esterilización era una auténtica cuarentena. Las cosas habían cambiado mucho en treinta años. Ahora todo era rápido y seguro.

Las herméticas cámaras de esterilización actuaban en una hora, sobre cualquier posible virus, contaminación o cuerpo extraño portado por los viajeros del espacio en su regreso a la Tierra. Antes de medianoche, inmediato al momento tradicional en que se despedía un año y se acogía a otro, ya podrían salir de su encierro preventivo con totales garantías. Encerrados en sus especiales atavíos aluminizados, el comandante Solohov, el coronel Jaffe, el doctor Feng, la profesora Graham y el técnico Brampton, se contemplaban entre sí dentro de las bolsas plásticas, rugosas y brillantes, donde eran virtualmente bombardeados por productos

esterilizantes, vaporizaciones desinfectantes, y toda clase de medios para impedir que trajeran de otros espacios cualquier microbio o virus capaz de provocar un mal irreparable entre los humanos.

Podían conversar a través de los sistemas de intercomunicación, pero sus charlas eran breves y nerviosas. En realidad, estaban deseando dejar atrás todos esos trámites, para sentirse otra vez dueños de sí mismos y de sus acciones. Pero nadie podía saltarse los métodos habituales de seguridad. De eso se cuidaba en todo momento una persona fría y minuciosa, que en este caso era Richard Novak, el responsable de la seguridad general en el EuroCosmos Centro de Gran Bretaña.

—Espero llegar a tiempo de brindar con champaña por el nuevo año… y el nuevo siglo — comentó Jaffe, rociado por los esterilizantes que le obligaban a cerrar los ojos y cubrían su epidermis de menudas gotitas, rápidas en disolverse.

—No creo que tenga ocasión de hacerlo en Nueva York, coronel —rió Solohov.

—Ni usted en Moscú —replicó el americano, burlón.

—Inglaterra será un anfitrión excelente para todos nosotros —aseguró Luther Brampton, pestañeando en su bolsa plástica—. Incluso para el doctor Feng, estoy seguro.

—Yo me sentiré feliz tomando una taza de té en su nuevo año occidental —asintió impasible el científico chino—. El té es nuestra bebida nacional, y a fin de cuentas Inglaterra es uno de los pocos países del mundo donde puede beberse un té relativamente decente.

—Muy amable de su parte, doctor —sonrió la profesora Hazel Graham—. Mi país, en efecto, intentará hacerles entrar felices en su nuevo siglo de vida, caballeros. La hospitalidad es una de nuestras virtudes. Una que jamás cambió con el paso del tiempo, doctor Feng. Como el buen té, que ustedes fueron los primeros en cultivar.

El buen humor imperaba entre los expedicionarios que regresaron del espacio. Su tiempo en las herméticas bolsas esterilizantes, dentro de la cámara de esterilización espacial del recinto de EuroCosmos Centro, se iba agotando ya. Dentro de escasos minutos podrían salir a celebrar un nuevo año, un nuevo siglo…

¿O tal vez no?

Peter Ashton aún no podía entenderlo.

*

Ni entenderlo ni creerlo. Era una de esas cosas que no pueden suceder. Un milagro, un imposible. Lo inesperado, lo increíble. Lo maravilloso.

Contempló aquellos muros circulares, herméticos. Era un encierro. Pero otra clase de encierro. Claro que podía ir directamente a la muerte, como si fuese dirigiendo sus pasos hacia el verdugo. Pero al menos allí había una oportunidad, una esperanza. O varias oportunidades, varias esperanzas…

Aún le parecía mentira. Como si no hubiera sucedido. Justamente momentos antes. Justamente cuando creía que los pasos que se aproximaban a su celda eran los pasos de los celadores y el reverendo, para llevarle camino de la cámara de ejecuciones…

Luego, la aparición del alcaide, justificando sus temores. El temblor de sus piernas, la repentina sequedad de sus labios, el pestañeo de sus ojos atemorizados… El miedo a la muerte. El terror al final.

Y, de repente, la frase increíble, inesperada:

—Peter Ashton, ¿quieres salvar tu vida?

Había seguido un profundo silencio. El reo pensó que bromeaba. Un detalle de mal gusto, una burla macabra.

—Vamos, te hice una pregunta —insistió, seco, el alcaide—. ¿Quieres salvar la vida, Peter Ashton?

—Salvar… la vida… —repitió él, con ronco murmullo—. No entiendo…

—Es fácil. Puedo conmutar tu pena por otra. Quizá no ganes nada, y mueras de todos modos. Pero hay la duda. La oportunidad, la posibilidad…

—¿Cómo?

—Personalmente, no me hace nada feliz ofrecerte esa ocasión. Pero la ley es la ley. Hace falta un hombre que no tenga nada que perder, para un experimento.

—¿Un… experimento? —le miró, dilatando mucho sus ojos—. ¿Qué clase de… de experimento?

—La ciencia necesita voluntarios. Estos nunca abundan. Pero un hombre que virtualmente está muerto, podría acaso agarrarse a un clavo ardiendo.

—Un clavo ardiendo… ¿Eso es lo que me ofrece, alcaide?

—Para serte sincero… sí. Eso te ofrezco, Peter Ashton. No quiero darte esperanzas vanas. Tus delitos son horribles. Tus crímenes, numerosos. Eres un peligro para la Humanidad toda, para la sociedad a la que atacaste. Pero la ciencia necesita gente. Es un experimento importante. Si se demora, puede ser perjudicial. Es en bien de la Humanidad. De modo que te dan a elegir: la muerte en la cámara de ejecuciones… o una nave al espacio.

—Una nave al espacio… ¡Dios mío! ¿Adónde? ¿Para qué?

—No será un vehículo confortable. Estrecho, angosto, peligroso. Pero es mejor que la muerte. Te concede una posibilidad. Llegar a alguna parte con un nuevo modelo de nave, cargado con residuos letales.

—¿Residuos de muerte?

—Sí, justamente. Armas químicas. Unos experimentos peligrosos, para combatir ciertas dolencias celulares. Sobraron radiaciones, almacenadas en unas cápsulas que pueden corroerse. Sus consecuencias, si se liberasen, serían terribles. Deben quedar perdidas en el espacio, fuera de toda órbita planetaria. Tampoco camino del Sol, donde podrían causar trastornos en el hidrógeno, y con ello graves alteraciones solares. Deberás dejar el remolque en el espacio, lejos de todo planeta o satélite colonizado. Camino del vacío, donde deberá perderse o estallar, diluyendo en la nada su mortal mercancía.

»Es urgente. Se ha recibido la demanda en el centro celular, procedente de la Organización Científica Nacional. Si aceptas, Peter Ashton, deberás salir inmediatamente en un helicóptero especial hacia EuroCosmos Centro, a pocas millas de Londres. Celebrarás tu nuevo año de un modo que no podías esperar. En vez de hacerlo en la antesala del verdugo, te verás a bordo de una nave de dos cuerpos, uno de los cuales contiene los residuos químicos. La otra pieza volverá a la órbita lunar tras dejar en el espacio los productos letales, y las autoridades penitenciarias de la Colonia Luna se harán cargo de ti, ingresándote en uno de los equipos de extracción de mineral, en el subsuelo lunar. ¿Estás conforme?

—Conocer el año 2000 en el espacio y en la Luna —reflexionó Peter Ashton—. Cielos, nunca hubiera imaginado tal cosa hace solamente unos minutos, alcaide…

—Tengo poco tiempo para decidir —se impacientó el funcionario de prisiones, consultando su reloj—. Dentro de diez minutos debo llamar a la Organización Científica Nacional. Dame una respuesta concreta, Ashton. Ahora mismo.

—Ya la tiene —suspiró el reo—. Acepto, naturalmente…

Y así había sido. Ahora, tras un rápido vuelo, trasladado desde la penitenciaría de Londres hasta EuroCosmos Centro en un helicóptero de la policía británica, Ashton se hallaba encerrado en la hermética cápsula de una nave de nuevo diseño, especialmente dispuesta para cargar residuos químicos y peligrosos desperdicios letales. Era cosa de horas que fuese enviado al espacio. Había oído confusamente comentar algo acerca de una astronave tripulada, de tipo internacional, que regresaba de una expedición técnico-científica, y en tanto no estuviera dispuesto todo para su lanzamiento, casi rutinario dentro de los programas habituales de la gran central cósmica de Inglaterra ¯auténtico punto vital de la investigación europea y mundial dirigida a los cielos¯, él no sería enviado a las estrellas. Antes se despejarían las pistas donde los cosmonautas de regreso estarían posándose en esos momentos, procedentes de algún lejano planeta.

Peter Ashton envidiaba a personas así, tan lejos de él, sólo próximas en el hecho de que viajaban fuera del planeta. Pero mientras unos lo hacían guiados por su espíritu curioso, científico y profesional, él emprendía aquella alucinante singladura sólo por salvar el pellejo, por seguir con vida, respirando en alguna parte; aunque fuese en la Luna, bajo las campanas oxigenadas donde se movían los penados terrestres.

Tenía ante sí un cuadro de instrumentos manejados a distancia, todo por control remoto. Su viaje sería guiado electrónicamente desde la Tierra, sin influencia alguna suya. Él era sólo el factor humano en el vuelo. Su misión consistiría en desprender la cápsula de los residuos cuando así se lo ordenasen por los auriculares. Unas breves instrucciones nada más. Era cuanto hacía falta. Y Ashton no era ningún estúpido. Nunca lo había sido, ni siquiera durante su carrera de asesino.

En el cuadro de instrumentos había un reloj. Lo seguía curiosamente, dentro de su traje espacial metalizado. Nunca como ahora sintió más fascinación por el paso del tiempo, por la hora que

marcaba una esfera numerada…

—Las once y treinta y ocho minutos… —murmuró, hablando consigo mismo bajo la escafandra plástica, esférica, a la que se adherían sus auriculares—. Sólo veintidós minutos más y será el año 2000. ¡Feliz Año Nuevo, Peter Ashton! O mejor dicho… ¡Feliz Siglo Nuevo, muchacho!

Y rió su propia gracia.

Luego, las agujas del reloj siguieron moviéndose. La mágica noche de San Silvestre siguió avanzando, implacable, hacia la hora bruja de la medianoche. El umbral de un año con otro, de un siglo que se agotaba, con otro que empezaba.

Las once cuarenta… Las once cuarenta y cinco… Una mujer, en una campana de oxígeno, dentro de una hermética bolsa de plástico, iba a dar a luz, allá en Londres.

Las once cincuenta.

Un hombre volaba a reunirse con la esposa en trance de dar a luz, dentro de un hermético, vertiginoso helicar, sobre el gran Londres del año 2000.

Un científico demente se aproximaba a su invento, con el afán vengativo de aniquilar a la

Humanidad, dando suelta a la nueva y terrible caja de Pandora de su descubrimiento químico.

Las once cincuenta y cinco.

Cinco cosmonautas de diferente nacionalidad y raza se disponían a abandonar sus cinco recintos plásticos de esterilización, tras su regreso del planeta Saturno.

Un hombre, un reo a muerte, un asesino, esperaba ser lanzado al espacio, como ya antes lo fueran otros condenados, con residuos químicos capaces de causar un caos mundial si llegaban a escapar de sus recipientes.

Las once cincuenta y ocho de la noche del 31 de diciembre de 1999. Fin y principio. Principio y fin. Un año, un siglo terminaban. Un año, un siglo, empezaban.

El mundo esperaba, con la respiración contenida, el momento de acoger con un alarido colectivo la llegada del Año Nuevo. Los relojes se movían, inexorables, hacia la medianoche. Unos esperaban, otros soñaban, los más reían.

Las doce. Las doce en punto de la noche. Año Nuevo. Siglo

Nuevo. El año 2000. Las doce. Y, de repente, todo terminó. De repente, el mundo se detuvo.

CAPITULO V

Fue un resplandor súbito.

Blanco, casi azul. Deslumbrante. Vertiginoso. No duró ni un segundo. Ni medio. Si acaso, una décima, no más. Luego, todo siguió igual. O lo pareció.

Los cinco astronautas se miraron, sorprendidos. El fogonazo había llegado hasta sus ojos. Achicaron las pupilas, deslumbrados por aquella décima de segundo. De haber durado más, ahora estarían ciegos.

—¿Qué fue eso? —preguntó Boris Solohov, sorprendido.

—No sé —Jaffe mostró tanta sorpresa como él—. Fue una luz…

—Una luz, sí —confirmó Luther Brampton—. Pero… ¡qué extraña luz!

—Como un relámpago —asintió Hazel Graham.

—Un relámpago multiplicado por mil. O por un millón —señaló seriamente el doctor Feng, entornando sus deslumbrados ojos oblicuos—. No lo entiendo…

Permanecieron en silencio. Se miraban entre sí, desorientados. Luego, Boris Solohov miró a la pared, más allá de los plásticos envolventes. Las doce. Las dos agujas superpuestas. Doce en punto de la noche.

—Feliz Año Nuevo, amigos —deseó el soviético.

—Feliz siglo —respondió Jaffe, con un suspiro. Sacudió la cabeza—. Beberemos ese champaña demasiado tarde…

—No importa —sonrió la profesora Graham—. Toda la noche es nuestra. No me acostaré hasta ver el nuevo día.

—Miren —dijo el doctor Feng suavemente—. El reloj se paró.

—¿Qué? —indagó sorprendido Brampton. Miró en esa dirección —. Es verdad. Se paró. El minutero no funciona. Las agujas siguen igual. Curiosa avería.

—Curiosa —asintió Boris Solohov—. Coincidió con las doce.

—Y con el fogonazo azul —señaló con rara entonación Feng.

Barry Jaffe, el astronauta americano, arrugó su ceño pelirrojo. Su mirada se cruzó con la de su colega ruso.

—El sistema de esterilización ya no funciona —indicó Jaffe, con

sequedad.

Otro silencio. Hazel confirmó:

—Cierto —contempló su cuerpo desnudo, que el opalescente plástico, a partir de su cuello, mantenía en discreta intimidad respecto a los demás. Olfateó el aire de su hermético encierro—. Tampoco oigo el zumbido de los sistemas de renovación de aire.

—Salgamos de los plásticos —aconsejó Luther Brampton, sudorosa su carne negra y musculada—. Empieza a ser molesto respirar aquí. No entra oxígeno.

—Deberían haber advertido esto —indicó secamente el ruso.

—Pero no lo han advertido —cortó Feng—. Es raro, ¿no?

—No mucho —suspiró Hazel—. Es Nochevieja. La gente se distrae.

—¿Aquí también? —dudó Jaffe—. Es un centro espacial, señorita Graham. Nadie se distrae en estas cosas, ni siquiera a la entrada del año 2000.

—Eso es cierto —convino preocupado Boris Solohov. Alargó una mano—. Saldremos pronto de dudas. Si se alarman, allá ellos.

Pulsó el resorte de emergencia, un botón rojo en el interior de la envoltura plastificada de esterilización. En los cuadros de control se encendería en esos momentos una pantalla roja. Un sonido ululante se extendería por la sección, requiriendo la inmediata presencia de los técnicos.

No hubo pantalla de luz roja. No hubo sonido. No hubo nada.

El silencio se hizo denso, impresionante. Todos se miraron de nuevo. Los rostros se agitaron dentro de las fundas plastificadas, como columnas rugosas de brillante celofán.

—No es sólo el reloj, el aire o la esterilización —dijo Jaffe—. Nada funciona.

Probaron varios de ellos, para comprobar que no era un fallo exclusivo del ruso. No hubo novedad alguna fuera de sus recipientes esterilizados.

—Cielos —jadeó Brampton, pestañeando—. ¿Qué ocurre?

—No sé. No lo entiendo —confesó Hazel Graham¯. Se supone que todo esto funciona automáticamente, aunque el personal falle. Se habrán averiado los circuitos. Creo que es mejor salir.

Y así lo hicieron. Abandonaron las bolsas de esterilización. Sobre sus cuerpos cayeron las capas plásticas, para envolver la

desnudez de cada uno. Se encaminaron en silenciosa procesión hacia una puerta que debería haberse abierto ante ellos automáticamente, pero que no lo hizo.

Barry Jaffe, ceñudo, fue quien tuvo que abrirla por su propia mano. Cambió una ojeada de duda con los demás. Entraron en las cabinas individuales, de donde reaparecieron, ya uniformados con el azul y gris de las ligeras ropas del Cuerpo Espacial de las Naciones Unidas. Sobre sus pechos, el emblema de la organización internacional, con el fondo de estrellas y planetas, unidos por una mano de hombre. El símbolo de su obra.

No vieron a nadie. Pero eso no era extraño. Lo extraño sucedió al consultar sus relojes.

—Siguen siendo las doce en punto —indicó el doctor Feng, suavemente—. Mi reloj se paró a esa hora.

—Y el mío —asintió Solohov, preocupado.

El fenómeno se repetía en los cronómetros de Hazel, Brampton y Jaffe. Eran relojes eléctricos, de asombrosa precisión. Pero todos se habían parado a las doce.

—Esto no depende de una avería mecánica en los sistemas automáticos de EuroCosmos Centro —señaló fríamente Luther Brampton.

—Ciertamente —suspiró Feng, entornando sus almendrados y astutos ojos—. No depende de eso. Algo ha sucedido. Algo que no entiendo bien.

Siguieron caminando por el largo túnel iluminado del edificio central de la base. Era curioso que todo se hubiera averiado. Sin embargo, la luz continuaba normal.

Probaron a utilizar las pantallas de televisión de circuito cerrado para localizar al personal de la base en alguna parte, dondequiera que estuviesen celebrando la fiesta de fin de año. Ninguna pantalla funcionó. Los televisores no transmitieron imagen alguna.

—Vamos —dijo enérgicamente Jaffe—. Hay que subir a la planta central. Allí preguntaremos a alguien. El personal de servicio estará trabajando, eso es obvio. Ellos nos dirán lo que sucede.

—¿Usted cree?

Todos se volvieron. El que había hecho la pregunta, fríamente, era el doctor Feng. El científico y astronauta oriental parecía lleno

de extrañas e inexplicables dudas.

—Supongo que así tiene que ser, a menos que ellos no sepan lo que ocurre —se irritó el americano.

—Exacto, coronel. A menos que ellos no sepan lo que ocurre —admitió con un suspiro el chino. No hubo más comentarios. Quisieron tomar un ascensor, pero no funcionaba ninguno. Ni tampoco las escaleras mecánicas. El silencio en torno suyo era tan completo que crispaba los nervios.

Incluso nervios tan templados como los de cinco seres que habían pasado meses enteros en el Cosmos, viajando entre Saturno y la Tierra.

Subieron por el procedimiento más simple y directo, utilizando la escalera mecánica como una vieja y normal escalera. Se encontraron pronto cinco niveles más arriba, en la llamada planta central, auténtico punto de donde partían los millones de sistemas que mantenían en actividad la base y controlaban sus complejas funciones.

Ante ellos se abrió el enorme corredor, repleto de sistemas de control, circuitos y pantallas de televisión. Todo inmóvil. Todo paralizado. Ni un zumbido de actividad. Solamente luz. Fría, abundante, azulada luz sin zonas de sombra. Pero aparte de la luz, nada. Ni un mecanismo en marcha, ni una voz, ni un grito, ni un rumor de pasos.

Silencio. Silencio total. Absoluto.

—Extraña celebración del nuevo año —señaló ahogadamente la profesora Graham, levemente pálido su rostro.

—Muy extraña —convino Solohov, en tono seco.

Siguieron adelante. Doblaron el recodo, enfrentándose a la puerta de la nave principal del edificio, donde se hallaba la sala de controles y el contacto directo con la torre de control y seguridad.

—Cielos —suspiró Luther Brampton—. Al menos, ya vemos a alguien…

Era cierto. Eso producía un alivio en la tensa, alucinante situación. Por un momento, aunque no habían querido confesárselo mutuamente, todos pensaron que se habían quedado solos en la base. Absolutamente solos, en una inexplicable y fantástica soledad.

Naturalmente, eso no era cierto. No podía ser cierto. Y allí estaba, por fin, la evidencia. Un hombre. Un miembro del servicio

técnico militar de EuroCosmos. Con su uniforme verde claro, con su casco blanco, y el distintivo de la fuerza espacial de la ONSU.

Estaba erguido ante una de las vidrieras de la sala de controles, dándoles la espalda; muy interesado, al parecer, en contemplar algo que había dentro, tras los vidrios coloreados de azul.

—Eh, amigo —Jaffe se dirigió a él sin disimular su profundo suspiro de alivio—. No sabe la alegría que nos ha dado verle…

Llegó a él y le palmeó fuertemente la espalda, para darle a entender al rígido empleado que se estaban refiriendo a él, y no a ningún otro.

Ocurrió algo espantoso. El empleado de la EuroCosmos no abandonó su rigidez ni un solo momento. No atendió a la demanda de Barry Jaffe. Lo único que hizo fue oscilar y luego caerse, en la misma posición en que estaba. Rígido, estirado, inmóvil. Como un maniquí.

Dio una vuelta en el suelo, y se quedó quieto, mirando hacia el techo salpicado de luces azules.

—¡Dios mío…! —susurró Hazel Graham, inclinándose rápidamente sobre el hombre abatido. Le examinó el rostro joven, rígido, inexpresivo, los ojos vidriados, la ausencia total de vivacidad o inteligencia. Tuvo que tocar su rostro, su carne, para comprobar que no era realmente un muñeco, una figura de cera o un robot. Luego, llevada de un impulso repentino, puso su mano sobre el lado izquierdo del pecho de aquel hombre.

Hubo un profundo silencio en torno. El doctor Feng, aun dueño de su sangre fría, se inclinó hacia ella.

—¿Y bien…? —indagó.

Ella se incorporó, y casi parecía de cera. Pura cera animada, tal era la palidez de su rostro.

—No lo entiendo —musitó—. Todos le vimos ahí, en pie, erguido. Pero ese hombre… está

muerto.

Retrocedió, estremecida de horror, mientras todos la contemplaban, incrédulos, y se apresuraban a comprobar el cuerpo rígido del caído. Hazel Graham fue a dar con sus espaldas en el vidrio de separación de la sala de controles de la base cósmica, y un ahogado sollozo la asaltó, rompiendo su poderoso autocontrol habitual.

Giró la cabeza, tratando de dominarlo, de superar su debilidad del momento, mordiendo con fuerza su trémula mano. Entonces clavó los ojos en el interior de la sala de controles, a través del encristalado panel. Su boca se abrió, convulsa. Y emitió un largo, agudo, estremecedor alarido de pánico y de horror.

*

Richard Novak había preferido tomar un helicar de gran velocidad. Un vehículo manejable y vertiginoso, en el que uno debía encerrarse herméticamente por seguridad, dada su rapidez en desplazarse sobre las regiones suburbanas de Londres.

Ello le permitió llegar rápidamente a la zona de aparcamiento de vehículos aéreos, en el Gran Hospital Central, justamente ante la Torre de Maternidad, a la que se dirigió con rapidez desde el vehículo apenas éste se hubo detenido y abrió la puerta hermética.

El silencio del hospital en torno suyo no parecía romperse ni aun en fechas como aquella, en que todo el mundo celebraba la entrada en el nuevo año y, a la vez, en un nuevo siglo. Las numerosas luces, como salpicaduras luminosas en la noche, llenaban de recuadros blancos y brillantes los muros de los edificios destinados a establecimiento sanitario. Novak iba tan preocupado por Kathleen, que apenas si se fijó en nada de cuanto había en torno suyo. Quería estar cuanto antes junto a su esposa. Confiaba en haber llegado a tiempo de serle de alguna ayuda en el difícil trance actual, dado el delicado estado de su corazón.

Consultó su reloj. Era raro. Las doce en punto. Hubiera jurado que ya eran las doce cuando se dirigía con el helicar al hospital. Debió equivocarse, porque los cronómetros eléctricos del personal de la base no fallaban nunca. De su precisión, como la de tantos otros aparatos, dependían demasiadas cosas, para no existir esa minuciosa exactitud en su funcionamiento.

Novak alcanzó la puerta de maternidad. Se dirigió a los ascensores. Sorprendido, comprobó que no funcionaban. Se volvió hacia la recepción, en busca de una enfermera de servicio nocturno.

—¿Qué diablos sucede con los ascensores? —indagó—. Un edificio de veintitantas plantas, no puede quedarse sin servicio de subida y bajada, enfermera. ¿Hay alguna avería?

La enfermera era madura, de ojos azules y cabello gris, gesto amable y risueño. Le contemplaba fijamente, con una media

sonrisa. Allá, al fondo, en una sala de espera, aguardaban tres personas; un matrimonio joven, con las manos cogidas, y un hombre de edad leyendo la edición estereoscópica del Times.

La enfermera no dijo nada. No le respondió. Siguió mirándole impasible, con su media sonrisa y sus afables ojos azules.

—¿No me ha oído? —se irritó Novak, apoyando sus manos en el mostrador de recepción—. Le he dicho que los ascensores no funcionan, enfermera.

Todo siguió igual. La enfermera no habló. No pestañeó, no se movió. Ni alteró lo más mínimo su gesto. Novak empezó a perder los estribos. Palmeó con fuerza sobre el mostrador. Nervioso, casi gritó.

—¿Qué clase de establecimiento es éste, en que no se atienden las preguntas de los clientes?

¿Es que se ha vuelto loca? No tengo ganas de bromas, ni siquiera en esta noche, enfermera, y su actitud es… es…

Se detuvo. Respiró hondo. Perplejo, dejó de golpear y gritar. Miró en torno.

Los tres que esperaban seguían indiferentes a todo. Como si escandalizar en un hospital, a medianoche, fuese lo más normal del mundo La enfermera no reaccionaba.

Novak pestañeó. No entendía lo que estaba sucediendo. Giró en torno al mostrador, se metió en el reducido recinto donde la enfermera atendía a los visitantes, al personal del recinto, y a la centralilla telefónica de un sector de la Torre de Maternidad.

Hizo girar el asiento de ella, dispuesto a encarar lo que fuese. Lo hizo rudamente, sin contemplaciones. La enfermera giró sobre su asiento como una grotesca peonza, y terminó derrumbándose sobre la centralilla, en la que no se percibía una sola llamada exterior o interior. Allí se quedó de bruces, tan rígida como un muñeco.

Richard Novak retrocedió, horrorizado. Respiró con fuerza.

—¡Dios mío! —el murmullo brotó entrecortado de sus labios—. No puede suceder algo así. No tiene sentido…

Se detuvo. Su fría y lúcida mente de hombre tecnológico, entregado a trabajos mecánicos y técnicos de gran precisión, se sobrepuso a todo. Volvió a mirar su reloj.

Las doce. En punto. Seguía parado.

Clavó sus ojos en el reloj de la sala, encima de los ascensores.

Las doce.

Miró la muñeca gruesa de la enfermera abatida sobre las conexiones telefónicas. Las doce. Corrió hacia los asientos de la sala de espera. Bajó el Times estereoscópico con un grosero manotazo, pero el lector no se inmutó por ello. Siguió sujetando el vacío con sus manos y mantuvo fija su mirada en algo, en aquel vacío que antes ocupara el diario. Sin expresar emoción alguna.

Se volvió a los dos jóvenes. Miró sus manos entrelazadas. Y sus relojes de pulsera. En ambos la misma hora, con leve diferencia; las doce y dos minutos. Las doce menos unos segundos… Fallos mecánicos de sus respectivos cronómetros. Pero parados a la misma hora.

A la misma hora en que todo se paró. En que ellos mismos se pararon.

La pareja se miraba entre sí. Y así seguiría mirándose, incansable, hasta el día del Juicio, si algo no lo remediaba pronto. Novak no veía en sus manos ese remedio.

Angustiado, se apartó dando trompicones. De súbito, elevó sus ojos arriba, a las escaleras mecánicas inmóviles, a las plantas del edificio de maternidad. Un grito desgarrado, ronco, brotó de sus labios convulsos:

—¡Kathleen! ¡Dios mío… Kathleen!

Y echó a correr. Corrió como nunca antes había corrido, sin preguntarse siquiera qué sucedía, qué había sucedido. Sin querer saber nada. Pensando solamente en ella, en Kathleen y en el bebé. En el bebé que, quizá, ya nunca llegaría.

—¡Kathleen! —gritaba exasperado, frenético, lleno de una angustia sin límites, preguntándose si al llegar arriba, a la sala de urgencia de maternidad, se encontraría otra vez con aquel horror.

Alcanzó la planta donde sabía que tenían hospitalizada a Kathleen, su esposa, dentro de una campana de oxígeno para combatir sus deficiencias respiratorias. Esperando la vida de un nuevo ser.

Aterrorizado, descubrió a un enfermero con un carrito de instrumental, por el corredor. Carrito y enfermero simplemente formaban parte de un cuadro inmóvil. Tropezó en su carrera con el carrito, lo volcó, con estrépito de vidrios y de instrumentos de acero. El enfermero se vino de bruces al suelo apenas le faltó el

apoyo de su carrito. Rebotó como un maniquí, quedándose quieto a espaldas del despavorido Novak, cuya carrera sobre el suelo resbaladizo y terso del corredor blanco, le llevaba al recinto destinado a los casos como el de Kathleen Novak.

El experto de EuroCosmos Centro se detuvo, resbalando, delante de la cámara de oxígeno. Contempló con los cabellos erizados al médico de blanca bata sentado en una antesala, apuntando algo en su bloc. Lápiz, bloc y mano guardaban la inmovilidad de una escultura o una reproducción en cera. El médico miraba al bloc, y miraría así hasta el fin del tiempo, a juzgar por la apariencia.

—Cielos, no puede ser… ¡No puede ser! —gimió Novak—. ¿Qué maldito horror ha sucedido para que esto llegue a ser posible?

Clavó sus ojos despavoridos en la puerta cerrada herméticamente. La abrió de golpe, casi con rabia, esperando encontrar a su amada Kathleen inerte, rígida, como una estatua más, dentro de la campana plástica de su encierro.

Y, de repente, una convulsión sacudió a Novak, al encararse con las penumbras y la suave luminiscencia de la cámara de oxígeno.

Oyó al fin un sonido humano. Un patético y extraño sonido…

Un llanto. El llanto de un bebé.

CAPITULO VI

Peter Ashton juró entre dientes repetidamente.

—Estas cosas sólo me pueden suceder a mí, maldita sea… —masculló—. Seguro que cambian de planes y vuelvo a mi celda de muerte.

El reloj se había parado a las doce. De eso hacía al menos veinte minutos. Dentro de la cápsula espacial hacía ahora un calor de mil diablos. La refrigeración debía haberse averiado. El acondicionador de aire no funcionaba. Los mecanismos, tampoco. El silencio era absoluto. La cuenta atrás para la partida inmediata de la peligrosa nave con residuos químicos, parecía haber sido detenido desde el exterior. Los números no se sucedían ya en la pantalla.

Empezó a sentirse molesto consigo mismo y con los demás. Sería el peor de los infortunios que, por alguna razón, aquello no funcionara, el proyecto se abandonase, y él tuviera que volver a las manos del verdugo. Sería monstruoso, sencillamente.

Trató de utilizar repetidas veces los sistemas de comunicación con el exterior. Nadie respondió a sus llamadas. Nadie le explicó nada. Solamente había silencio. Silencio, como en la muerte.

Ashton se cansó de todo eso. Se irguió en su incómodo asiento del pequeño recinto astronáutico. Caminó incluso, dando los dos pasos que la angosta cabina permitía en una y otra dirección, libre ya de ataduras y correas. Luego de probar una y otra vez los instrumentos, renunció a seguir curioseando. Sus conocimientos técnicos, además, eran nulos.

Se encaminó a la salida de la cabina. Cerrada herméticamente. Como una celda. Se estremeció. Pero había una diferencia fundamental: la puerta podía abrirse desde dentro, accionando el sistema de emergencia como le habían indicado.

Lo accionó. Con un zumbido, el sistema hidráulico actuó. Aun fallando todos los mecanismos de a bordo, el procedimiento de seguridad para abrir o cerrar la puerta en un caso urgente, no fallaba nunca.

Peter Ashton se frotó los ojos, cuando hubo saltado ágilmente al suelo de la rampa de lanzamiento.

—Libre… —jadeó—. Por vez primera… ¡estoy libre!

Y contempló la noche, la bóveda altísima de los astros, el paisaje oscuro en torno a la base, las rampas o torres de lanzamiento de los diversos vehículos cósmicos… Y las mil y una luces de los radiantes edificios y torres de control de EuroCosmos Centro, a pocas millas de Londres.

Respiró el aire nocturno a pleno pulmón. Lo encontró limpio, transparente, tonificante y vital. Hermoso, embriagador. Lo mejor del mundo. Lo mejor que nunca sintiera.

—Aire… Simplemente aire libre, sin rejas, sin muros… —susurró, en éxtasis, alargando sus brazos al cielo, como queriendo alcanzar las estrellas que, un momento antes, le parecían ya más cercanas, dentro de la cápsula.

Luego miró con recelo a su alrededor. Era un convicto, un fugitivo. Había faltado al compromiso. No debía salir de la cápsula, salvo en la Colonia Luna. Y estaba solo, libre en la propia Tierra.

Nadie acudía a detenerle, a impedir su fuga. Era raro. Muy raro. No percibió sonidos ni voces. Ni un ruido. Como si, repentinamente, él estuviera solo en la base.

Era demasiado maravilloso todo aquello para ser posible. No lo creía. Se frotó otra vez los ojos, comprobó que no era un sueño. No, no lo era.

Estaba libre. ¡Libre!

Podía echar a correr, huir a través de la noche, por el complicado tejido de pistas y rampas, en busca del campo, de la espesura, de la libertad definitiva… Acaso pudiera escapar a sus perseguidores, a la ley, a todos. Era un riesgo, sí. Era correr el peligro de caer de nuevo a su celda, y esta vez sin posible evasión, sin ninguna oportunidad.

Pero el juego era fascinante. Valía la pena. Todo o nada. Vida y libertad… o muerte.

Y echó a correr. Echó a correr pista adelante como una exhalación, buscando la oscuridad, los límites de la zona de tráfico cósmico.

Hasta que, con un alarido de furia, de contrariedad, fue a caer de bruces contra una patrulla formada por cuatro soldados del cuerpo de seguridad de las bases espaciales de las Naciones Unidas. Cuatro soldados armados de ametralladoras ligeras, acomodados en

un vehículo inmóvil, un coche oruga descapotable.

Lanzando una imprecación, se detuvo, jadeante, y alzó los brazos al cielo. La luz de un proyector de las rampas de lanzamiento silueteaba perfectamente su figura y la de aquel vehículo con sus cuatro ocupantes armados.

—Maldita sea, no disparen —farfulló de mala gana Peter Ashton —. Me entrego. No pretendía huir, créanme. Debo salir con aquella nave; los instrumentos de a bordo se averiaron, tuve miedo y…

Se detuvo. Pestañeó. Los soldados no respondían. No se movían. Ni siquiera le estaban encañonando. Uno permanecía sentado al volante del vehículo, y los otros tres miraban ante sí, imperturbables.

—Bueno, ¿me están escuchando, amigos, o son todos sordos? —se irritó Ashton.

Si le escuchaban, al menos no contestaban. Ni una sola palabra. Nada de nada. Perplejo, avanzó hasta el coche y se asomó, hablándoles afablemente.

—Miren, pueden llevarme con ustedes a la cápsula y comprobarlo. Yo…

Se detuvo. Estaba tocando el brazo a uno de los soldados, y éste no replicaba ni se movía. Rápidos, los dedos de Ashton tomaron el ligero fusil ametrallador de encima de las piernas del soldado. Les encañonó, decidido, soltando el seguro.

—¡Ni un solo movimiento o disparo! —rugió.

Su dedo tembló en el gatillo. Pero no lo oprimió. Sencillamente, no había por qué.

Acababa de darse cuenta de que hablaba con cuatro maniquíes. Con cuatro muñecos rígidos y sin vida. Pero maniquíes de carne y hueso. Muñecos humanos.

Algo les sucedía. Estaban quietos, estirados. No oían, no hablaban, no sentían nada de nada. Era absurdo, pero era así. El no podía entenderlo. Ni le importaba. Lo importante era que el arma era legítima e iba cargada de proyectiles. Que no se oponían a su fuga. Que era libre e iba armado. Algo con lo que, poco antes, ni siquiera podía soñar. No trató de buscar más, ni de explicarse lo que no entendía. Sencillamente, escapó. Escapó a campo traviesa, buscando la salida de las pistas del EuroCosmos Centro londinense.

Pero, mentalmente, sí pensaba en aquel extraño suceso. Se

preguntó qué sucedía con aquellos cuatro hombres, con los mecanismos del interior de la nave, con muchas cosas raras que se presentaban. Pero todo ello sin dejar de correr, sin abandonar su veloz marcha a través de las pistas de aterrizaje y partida de astronaves.

Se detuvo bruscamente, arma en mano, dispuesto a hacer fuego.

Esta vez había tropezado con alguien. Su idea no era la de salir de allí fácil e impunemente. Sabía que se tropezaría con problemas, con enemigos que tratarían de impedirle la evasión. Y estaba dispuesto a todo. A todo. Incluso a matar, por supuesto.

Y aquel parecía el momento justo de hacerlo, de oprimir el gatillo, de abatir al adversario. Sólo que… Sólo que el policía militar de aquel punto de las cercas de salida, estaba quieto. Tan quieto como todos los demás, los ocupantes del coche oruga militar de la fuerza espacial de la ONU.

En vez de oprimir el gatillo a boca de jarro sobre su adversario, se detuvo sorprendido, y escudriñó el rostro rígido del policía bajo el casco reglamentario. Los ojos oscuros eran como vidrios, como dos trozos de azabache brillando fríamente, sin un solo movimiento. El rostro era hermético, la figura erguida, tirante, como la de un muñeco metálico.

No le vio tocar su arma del cinturón, ni siquiera pestañear, mirarle, intentar algo.

—Que el diablo me lleve si entiendo esto… —farfulló roncamente, estudiando a aquel maniquí humano—. ¿Otro más?

Le rodeó, curioso. Incluso se decidió a agitar al hombre uniformado, tomándole por un hombro. No lo resistió. Se le vino al suelo, chocando sordamente a sus pies. Rodó lejos el casco militar. Y allí se quedó el personaje, con el rostro hundido en el concreto de la pista, junto a las altas alambradas de seguridad del recinto.

Perplejo, desorientado, Peter Ashton retrocedió hasta la valla. Recordó que acostumbraban a estar electrificadas para evitar cualquier incursión ajena a los servicios del recinto espacial. Se inclinó. Tomó el casco del hombre inconsciente, muerto o lo que fuese. Lo arrojó con fuerza contra lo alto de la alambrada. Golpeó allí, rebotando y alejándose sobre el concreto, con metálico rodar.

No ocurrió nada. La electrificación estaba anulada. Los ojos de Ashton brillaron: podría salir fácilmente, escalando aquella malla

de metal. Y así lo hizo, sin preocuparse más del misterio de los hombres inmóviles.

Pronto estuvo al lado opuesto de la alta cerca, lo que era como estar fuera de todo inmediato peligro. Que era sentirse ya plenamente libre. Libre, armado, sin ser descubierta todavía su evasión, ¿qué más podía pedir aquel hombre que, sólo unas horas antes, sólo esperaba la acción del verdugo para terminar de una vez con su vida?

Echó a correr a través de la noche, de aquella primera noche, silenciosa y extraña, alucinante y enigmática, que era la inicial de un nuevo año, el año 2000. Que era la primera de un siglo, el siglo XXI.

La primera de una nueva Era. Es lo que Peter Ashton, un hombre que no quería pensar en otra cosa, podía pensar sobre aquella noche de un nuevo año. No se le ocurrió siquiera imaginar la posibilidad de que, tal vez, al mismo tiempo de ser la primera noche del año 2000 y del siglo XXI, podía ser la última noche de la Humanidad sobre la Tierra.

No. El no lo pensó. Otros lo hicieron por él, en otros lugares de Londres, casi al mismo tiempo que el convicto escapaba a su destino, de tan inexplicable modo. Otros lo pensaron, y se preguntaron, despavoridos:

—¿Es esto el final, Señor?

*

—¿Es esto el final, Señor?

Era Luther Brampton quien hacía la pregunta, mirando patéticamente hacia las alturas, como si buscara a Dios en alguna parte y no fuera capaz de encontrarlo. Entretanto, Jaffe atendía a la profesora Graham, víctima de un ataque de nervios tras la contemplación del alucinante panorama de la sala de controles.

El doctor Feng, escéptico, se encogió de hombros. No buscó a Dios. No buscó nada. Se limitó a inclinar la cabeza, inexpresivo su rostro aceitunado.

—Me gustaría tener una respuesta —dijo—. O que alguno de nosotros la tuviera. Me temo que no sea así, ¿verdad, comandante Solohov?

El ruso separó su mirada de la sala de controles recién examinada. Se frotó el mentón, con una luz incierta en el fondo de

sus oscuras pupilas.

—No sé —dijo—. No sé qué pensar, doctor. No entiendo nada todavía.

—Como biólogo, comandante, yo diría que asistimos a una nueva forma de aniquilación — sentenció el oriental.

—¿Aniquilación? —Jaffe se volvió bruscamente, alarmado, como si aquel término no fuera en absoluto de su gusto.

—Eso dije, coronel —sonrió tristemente Feng—. Observe que la parálisis es masiva. No ofrecen huella alguna de violencia. No hay indicios de dolor, de miedo o de angustia en los afectados por esta extraña forma de morir.

—Morir… —Brampton dudó—. ¿Cree que estén realmente muertos, doctor?

—Clínicamente, lo están. Su corazón no funciona. No alientan. No tienen movimiento alguno. No reflejan la menor sensibilidad. Y aquellos a quienes he aplicado el casco del electroencefalógrafo, no revelaron tampoco actividad cerebral. En esas circunstancias, mi querido amigo, un ser humano es un cadáver, y nada más. Sé lo que va a decirme; no tienen el color de un muerto, su apariencia es de vida normal. Pero no la hay. Por eso dije que es algo nuevo, desconocido. Pero si actuó sobre todos a la vez… es que ese «algo» estuvo aquí, en el aire… —y agitó sus delgadas manos, de largos y huesudos dedos color aceituna, como abarcando el aire que les rodeaba.

Aprensivamente, miraron en torno suyo Jaffe, Brampton y Solohov. El ruso respiró con fuerza, y argumentó:

—Nosotros respiramos el mismo aire, igual que ellos, y no nos sucede nada, doctor Feng.

—Lo respiramos ahora —señaló el biólogo chino, con sequedad —. No cuando ellos se quedaron inmóviles, recuerde.

—Que debió ser… cuando estábamos en las cámaras de esterilización e inmunización —apuntó Jaffe.

—Exacto.

El médico caminó hasta la vidriera de la sala de controles, y miró aquello que provocara el grito de terror y el ataque histérico de la profesora Hazel Graham. Vio una vez más la docena de figuras inmóviles, en las más variadas posturas, de los miembros que dirigieron los controles en EuroCosmos Centro. Sacudió la

cabeza, perplejo, al fijar sus ojos en un reloj que señalaba las doce de la noche. Añadió, calmoso:

¯Algo paralizó todas esas vidas, inmovilizó extrañamente a todos los que componían el personal de la base. Podríamos pensar en un virus, en un gas, pero… ¿Qué detuvo los mecanismos electrónicos y parte de los sistemas eléctricos del lugar? Incluidos nuestros relojes, por supuesto.

Nadie objetó nada a eso. En el fondo, todos pensaban lo mismo. Sólo que no entendían las causas de la extraña inmovilidad de toda aquella zona, ya fuesen máquinas u hombres.

—Parece que ya se recupera —Jaffe se refería a la profesora Graham, quien agitaba la cabeza, aturdida—. ¿Qué haremos ahora, caballeros?

—Mi consejo es simple —habló Solohov—. Salgamos de aquí.

—¿Adónde?

—Debemos examinar todas las plantas. Si el fenómeno es general, intentemos transmitir algún mensaje a Londres.

—Londres… —Feng se mordió el labio inferior—. ¿Ha pensado alguno de ustedes en la tremenda posibilidad de que… en Londres sucediera lo mismo?

—¡Dios mío! —jadeó Jaffe—. ¡Sería… espantoso!

—Hay un medio de saberlo —terció Solohov—. Ir a comprobarlo. Personalmente.

—Conforme —asintió Jaffe—. Si no obtenemos respuesta por radio, o no podemos transmitir ese mensaje, iremos a Londres para saber lo que haya podido suceder. Aunque imagino que este fenómeno, sea cual fuere, habrá sido algo aislado, solamente en este recinto.

—Así sea —musitó con fervor Brampton—. Pero si sucediera lo peor… podríamos al menos informar al mundo, a Inglaterra toda, desde la radio o la televisión, para que nos prestaran alguna clase de ayuda, para que Naciones Unidas averiguara lo que ha sucedido.

—Mi querido amigo —terció suavemente el doctor Feng—, está usted dando por sentado que todavía existe vida en el resto del mundo. Y eso está aún por comprobar.

Cuatro miradas alucinadas, cuajadas del más vivo y escalofriante terror, se clavaron en el biólogo oriental que se había atrevido a lanzar semejante especie.

Y nadie se atrevió siquiera a hablar.

*

El niño. Era el niño. Había nacido. Su hijo. Y había nacido ahora mismo. Allí. Frente a él. Dentro de la campana de oxígeno. Sin asistencia para la madre ni para él. Sin nadie alrededor.

Había nacido con el nuevo año, con el nuevo siglo. En medio de un mundo paralizado y silencioso. Con su madre agitándose, convulsa, sudorosa, en el lecho de su maternidad. Abandonada. Sin médicos, sin enfermeras, sin medicamentos, sin ayuda.

Solamente él, entrando allí de modo milagroso, justo en el instante preciso.

—Kathleen… —susurró—. Kathleen, mi vida…

Fue hacia ella tembloroso, estremecido. Entró en la campana de oxígeno. Vio el parto, en su mismo final. Con la vida de Kathleen y de la criatura en peligro. Sin nadie a quien recurrir.

Y entonces se decidió. No podía hacer otra cosa. La hizo.

Era lo único posible para intentar salvar, al menos, una vida. La que fuese. La que estuviera en sus manos defender de la muerte. Ambas, si estaba en su escasa capacidad lograrlo.

Ayudó a Kathleen en el tremendo trance. Ayudó a venir a su hijo al mundo, salvando, a la vez, la vida de la madre.

Lo logró. Cuando el entrecortado jadeo del pequeño se hizo ya abierto llanto, y cuando Kathleen se sumió en un sopor con la respiración rítmica, apacible, supo Richard Novak que lo había conseguido. Que ambos vivían; su esposa y su hijo. Los dos estaban a salvo.

Sudoroso, salió de la campana de oxígeno. Se enjugó esa transpiración mientras se apoyaba en el muro. Tenía la mano temblorosa. Un espejo le devolvió una imagen lívida de sí mismo. Pero una leve sonrisa de complacencia, de felicidad, curvaba sus labios apretados.

—Lo logré… Lo logré… —susurró, hablando consigo mismo, en la penumbra de la cámara del establecimiento sanitario.

Y nada le importó en ese momento. Egoístamente, no pensó siquiera en el vacío, el silencio, la aplastante soledad que le rodeaba en un Londres extrañamente silente y como dormido o muerto. No pensó en el hospital sin ruidos, sin vida, con maniquíes humanos paralizados acá y allá, como en una pesadilla monstruosa.

Pensó tan sólo en que él estaba vivo. Y con él, Kathleen, el niño… El niño nacido con el nuevo año y el nuevo siglo. Nacido, acaso, en medio de una inexplicable muerte del mundo.

Richard Novak recordó cosas aisladas: el fugitivo del manicomio, el peligroso Nikola Heuvelman, dueño acaso de una reserva letal de su invento de muerte. Algo que, una vez liberado podía causar… el fin de la vida en la Tierra. El fin de todos. De todo.

—¡Dios mío! —se pasó una mano trémula por la frente. Se tambaleó, tratando de hacer algo, de ir a alguna parte, aunque no sabía siquiera adónde—. Si hubiera sido eso…

Recordaba vagamente en qué consistía el descubrimiento del profesor Heuvelman. El sabio belga había hallado un arma espantosa, implacable para toda forma de vida. Su fórmula fue destruida tras internarlo, diagnosticándosele un caso de demencia agresiva y cruel; pero siempre se temió que hubiera guardado en alguna parte una muestra de su diabólica creación.

Una creación capaz de expandirse por el mundo entero, si su envase era abierto, y como una moderna y científica caja de Pandora, lanzar a los humanos el azote de una muerte brutal, súbita y total.

No tenía una idea exacta sobre los efectos y consecuencias del arma. Sólo sabía que era algo de tipo bioquímico, terriblemente letal. Una pequeña dosis podía servir para acabar con el orbe entero. Eso explicaba por sí solo su tremenda virulencia.

Un arma bioquímica. Quizá fuera ésta. Tal vez fuera lo que se descargó sobre Londres y sobre el planeta todo, como un silencioso Apocalipsis.

—Cielos, no puede ser —jadeó—. No puede ser… Si ello fuera cierto, estaríamos solos. ¡Solos los tres en este momento! Y eso no es posible. No, no. Además, ¿por qué nosotros? ¿Por qué, precisamente… nosotros?

Nadie iba a responderle. Nadie iba a darle una solución. La incógnita continuaba en pie. Pero Richard Novak tenía que aclarar todo lo sucedido. Tenía que hacerlo; y cuanto antes, si no quería enloquecer.

Se precipitó a la centralilla telefónica. Trató de marcar varios números, bien de teléfono convencional, bien de visoteléfono. No

tuvo éxito. No funcionaba ninguno de los dos sistemas de comunicación. Ni siquiera sonaba la señal para marcar.

Aún quedaban recursos. Debería dejar a Kathleen con el niño, aunque sólo fuese unos minutos, mientras él averiguaba algo fuera del hospital. Se precipitó al exterior. Solamente tenía que localizar a alguien que estuviera normal, que caminase por la calle, o dentro de un vehículo. Si no lo lograba, iría al Centro de Comunicaciones Internacionales. El telégrafo, la radio, la televisión, algún método tenía que existir para comunicarse con alguien, dentro o fuera de Londres, que pusiera en claro la situación.

El aire de la noche era frío y húmedo, pero eso era todo. No olía extrañamente, no ofrecía anormalidad alguna. Como cualquier noche de cualquier fecha. Parecía mentira que algo hubiera cambiado de tal modo. Que pudiera ser él, junto con Kathleen y el pequeño, el único en…

—No, no —rechazó—. No debo pensar en eso. Es absurdo. Es un disparate. Pronto saldré de dudas. Acaso sea todo un mal sueño, una maldita pesadilla.

Pero en su interior sabía que no soñaba. Aquél era el mundo real y tangible de los hechos, no de las pesadillas. Estaba ahora caminando por Londres, bajo la noche, fuera de los jardines del Gran Hospital Central, convertido en un lugar ocupado solamente por muñecos humanos, por maniquíes de carne y hueso, inmóviles y aterradores en su silencio y su parálisis.

Empezó a sentir terror cuando descubrió las calles desiertas y silenciosas. Bien iluminadas, rectilíneas, límpidas, con la humedad charolando ligeramente el asfalto. Recorrió varias manzanas de edificios. Pasó por un aparcamiento de helicares; no vio sino vehículos aparcados. Giró la cabeza a un lado y a otro. Se estremeció.

Silencio. Mucho silencio. Caminó. Se movió por la calzada sin vehículos. Solamente sonaban sus pasos, su calzado golpeando el asfalto.

Avanzó así dos o tres bocacalles más. Un coche aparcado cerca le dio una momentánea ilusión, prestamente evaporada. No había nadie dentro. Miró a las fachadas. Había luces en algunas ventanas. La Nochevieja era momento de júbilo, de gritos, de canciones, de música y todo eso. ¿Dónde estaba ahora cualquiera de esas cosas?

Música…

Se detuvo de súbito. Claro, no podía ser; ya lo había supuesto él. Música. Había sonidos cercanos. Canciones y ruido. Y luz…

Corrió con larga zancada hacia la calle inmediata, y vio las luces del local: un night club muy adornado en su puerta. Y con letras luminosas, deseaba a su clientela, entre guiños y parpadeos:

¡FELIZ AÑO 2000! ¡FELIZ SIGLO XXI!

Dentro sonaba la música. Gritos, ruidos, chocar de copas, una canción alegre y estridente…

Respiró hondo. Meneó la cabeza.

—¡Dios mío, qué locura! —musitó—. ¡Qué gran 1ocura se me había ocurrido! El mundo sin vida. Todos muertos, paralizados… Pero ni siquiera Londres; sólo el hospital. Algún producto químico, una imprudencia. Trágico, desde luego. Pero de eso a lo que pensé… Entraré ahí y pediré ayuda. Llamaré a la policía, y en menos de media hora se aclarará todo. Empujó la puerta, decidido. Pasó ante el guardarropa, de rojos cortinajes; se alineaban prendas invernales en las perchas. Ni siquiera se despojó de las suyas. Entró en la sala. Se encaró al local repleto de público, de copas, de humo de cigarrillos, de olor a whisky, a sudor humano, a calor de aire acondicionado. En un ángulo, un oculto altavoz emitía música, música alegre y bailable. Y mezclado con la música, un fondo de gritos, chocar de copas, voces humanas. Una grabación bulliciosa propia de la Nochevieja.

Pero la gente no bailaba. La gente no se animaba. Jóvenes y maduros de ambos sexos, se apoyaban en el largo mostrador, ante sus bebidas, o se hacían el amor en los asientos, con sus manos muy unidas.

Eso era todo. No bebían. No fumaban. Algunos cigarrillos eran ya pura ceniza sobre las ropas, las mesas o el mostrador. Nadie se movía. Nadie giró la cabeza hacia él.

Richard Novak emitió un ronco grito de horror. Se erizaron sus cabellos. Retrocedió, derribando un mueble adosado junto a la puerta. El mueble golpeó una mesa y dos sillas. Una pareja se derrumbó junto con los muebles, dando grotescas vueltas por los tres escalones que descendían a la sala. Como monigotes sin vida, como peleles.

Novak, alucinado, exhaló un alarido largo, agudo, estremecido.

Luego echó a correr, se perdió en las calles, chillando y chillando ante las fachadas en hilera, ante las ventanas iluminadas, que se perdían como rectángulos blancos en la noche, a su espalda.

Y nadie, absolutamente nadie le respondió, le llamó la atención o asomó a una ventana para reprocharle el escándalo. Nadie se cruzó con él en su loca carrera. Nadie replicó con gritos a sus propios gritos. Nada ocurrió en un Londres vacío, terriblemente vacío y silencioso.

Al cruzar una amplia avenida, tropezó con un agente de tráfico y su turbomoto. Derribó a ambos. El guardia quedó de bruces, como un guiñapo, en una calzada sin vehículos ni ruidos.

Richard Novak continuó adelante, como alucinado, como demente, perdido y solo en la noche del año que había terminado, de un año que había empezado… o que jamás, ya nunca empezaría.

CAPITULO VII

El Palacio de Comunicaciones Internacionales se elevaba en Newark, Londres, como la más bella torre de metal y vidrio que el hombre moderno creara, cerca ya de la última década del siglo XX. Aquél había sido el destino de su marcha por Londres. Y allí dentro estaban ahora los cinco, contemplándose aturdidos, desorientados. Sin saber qué hacer.

—Es inútil —dijo ronca, lentamente, el comandante Solohov, apartándose de los controles de transmisión radiotelegráfica—. Tampoco funciona. Nada funciona aquí.

—Nada funciona —asintió Jaffe—. Estoy de acuerdo con usted, Boris.

—Me lo temía —suspiró el doctor Feng—. Me temía todo cuanto hemos confirmado, amigos míos. Estamos ante un mundo muerto. Esa es la cruda realidad.

—Un Londres muerto, dirá —rectificó Hazel Graham, muy pálida—. Sólo de eso podemos estar seguros, doctor.

— Cierto, profesora. Cierto. Sólo de eso. Pero mucho me temo que esto sea mundial.

—¿Un arma nueva? —sugirió Solohov.

—Sí. Un arma nueva.

—Rusa, no.

—Americana tampoco —se apresuró a afirmar, combativo, Barry Jaffe.

—No peleen ahora por eso; sería infantil —cortó, seco, el doctor Feng—. Puedo afirmarles que tampoco es un arma china. Mi país ya no experimenta con medios destructores. Ese período está superado.

—¿Cómo pudo suceder, entonces? —indagó Luther Brampton.

—Tal vez nunca lo sepamos. Lo cierto es que ha sucedido. Ustedes han visto gente en las calles y viviendas de Londres, en hoteles y servicios públicos: todos igual, como maniquíes de un fabuloso comercio de exhibición. Ha sido el fin. Y están muertos, eso es indudable. Muertos todos, amigos míos… excepto nosotros cinco. Al menos, por el momento.

—¿Pudo salvarnos el haber estado en los herméticos recintos de esterilización?

—Es muy posible. Nuestra esperanza es el resto del mundo. No se puede sobrevivir en un mundo desierto; llegará un día que todo se derrumbará. Averiados los alimentos por la paralización de las cámaras conservadoras, sin servicio las centrales eléctricas y los demás elementales servicios de una ciudad, la corrupción y la necesidad no tardarían en aparecer. Habría que sobrevivir en los campos, en forma salvaje, tomando de los árboles sus frutos y agua de los ríos. El retorno a la Prehistoria.

—Sería espantoso —gimió Hazel Graham.

— Sí, espantoso. Pero hay que afrontar los hechos con firmeza. No somos niños, ni tan siquiera personas normales. Somos científicos, gente habituada a enfrentarse con lo insólito. Admitamos esta experiencia como la última y más terrible de nuestra vida, y tratemos de razonar y obrar serenamente, para no dejarnos llevar por el caos reinante.

—Por mi parte, estoy de acuerdo —era Solohov quien hablaba —. La desesperación no conduce a nada. El hecho está consumado; aceptémoslo así, y tratemos de hacer algo sensato.

Hubo un general asentimiento. Eran cinco cerebros lúcidos e inteligentes, cinco personas entrenadas para soportar lo peor. Esto era lo peor. Pero habían aprendido a admitir cualquier contrariedad. Y la admitían ahora, precisamente cuando había llegado el momento supremo de demostrarse mutuamente su entereza, su sangre fría y su equilibrio mental, por encima de emociones y de adversidades.

—Adelante —habló el coronel Jaffe—. Tratemos de ver un modo de comunicar con el resto del mundo…, si es que existe. Luego, tracemos un plan de trabajo para nosotros cinco.

—Y yo que pensaba bajar a la Tierra a descansar… —dijo con sarcasmo Boris Solohov—. Bien, adelante. Usted puede dirigir el grupo, Jaffe. Decida lo que haremos.

—Por el momento, todo hemos de centrarlo en hallar indicios de vida fuera de Londres, sea en Inglaterra o fuera de ella. No podemos comunicarnos con nadie; pero si sólo es una situación local, es indudable que el resto del mundo estará intrigado de que Londres no transmita noticia ni información alguna. Y eso hará que

investiguen, que alguien venga, que traten de establecer contacto con nosotros. La profesora Hazel Graham, que es la mejor en electrónica, que se ocupe de transmitir o recibir señales de radio o televisión, por el medio que sea.

»Uno de nosotros viajará en un helicar fuera de Londres, para investigar las proximidades de la capital; visitará otras ciudades, como Birmingham, Liverpool o Manchester, y averiguará si en alguna de ellas hay vida. Los demás nos ocuparemos de recorrer Londres, para ver de hallar una prueba, una muestra cualquiera que nos permita saber lo que sucedió, y si hay posibilidad de que resultemos a la larga contaminados también nosotros.

—Conforme —aceptó Feng—. Yo analizaré muestras de aire, agua, gas, lo que sea, con los medios de que pueda disponer. Una vez hecho eso, confío en que algo se aclare. Por otro lado, examinaremos los archivos del servicio de seguridad del Gobierno. Mucho me temo que, desgraciadamente, nadie nos impida verlos, ni ello cause nunca perjuicios a su país, profesora Graham.

—Sí; por desgracia, pienso igual —musitó ella, inclinando la cabeza—. Actúen como juzguen oportuno. Yo soy la única inglesa superviviente ahora en Londres, según parece. Por mí no deben sentirse trabados ni acomplejados. Aquí, ahora, amigos míos… solamente somos cinco los ciudadanos del mundo. Cinco seres humanos luchando por saber, por tener una esperanza, acaso simplemente por sobrevivir… en un mundo perdido y silencioso.

Una pausa amarga, profunda, siguió a las patéticas palabras de la joven especialista en electrónica. Los cuatro hombres se miraron. Admiraban el valor, la sinceridad fría y directa de su joven amiga y camarada del otro sexo. La única, precisamente, de ese otro sexo; pero nada comentaron sobre ello.

—Vamos ya —dijo despacio Barry Jaffe, duros y sombríos sus ojos—. Empecemos, amigos. Y que Dios nos asista. Nunca se dijo esta frase con más razón que en estos momentos.

Se dispersaron para iniciar sus tareas. Es decir, iniciaron esa dispersión. Porque justamente entonces se volvió Luther Brampton, que estaba escudriñando la oscura noche desde lo alto de la torre de Comunicaciones de Londres.

El joven de color manifestó excitadamente:

—Algo anda mal en nuestros cálculos, amigos. Hay gente con

vida en la calle.

—¿Gente? —casi aulló Barry Jaffe.

—Eso dije; gente. Más de una persona, desde luego. Al menos, dos… o más. Y se mueven hacia acá en este momento.

Sobresaltados, corrieron todos a la vidriera asomada a las calles silenciosas de Londres. Borrosamente, captaron lejano sonido de voces humanas.

Tenía razón Brampton. Había personas abajo. Personas en el asfalto de la calle. Personas con vida. Animadas.

*

Luther Brampton tenía razón. Eran más de una persona. No mucho más, desde luego.

Eran dos. Exactamente dos. Una de ellas, un hombre asustado, angustiado, inquieto, sumergido en una pesadilla estremecedora. Richard Novak, experto en seguridad del tráfico espacial de las Naciones Unidas.

La otra, un hombre endurecido, dispuesto a todo, desesperado. Y armado. El asesino Peter Ashton. Estaban frente a frente los dos hombres. Como dos náufragos en un mundo de silencio, donde la propia vida humana se hubiera ido a pique irremisiblemente. Ashton esgrimía amenazador su fusil ametrallador liviano, pero de mortíferos efectos. Richard Novak le contemplaba cargado de dudas, de recelos, de sorpresa. Y también de temor. Temor a ser muerto estúpidamente por aquel desconocido que le encañonaba con un arma. Un hombre en cuyos ojos se leía algo implacable y feroz. Tal vez la misma muerte.

—Será mejor que no se mueva. No intente nada, amigo —silabeaba Ashton—, o le mataré. Juro que le mataré aquí mismo. Sin vacilación.

Lo haría. Novak estaba seguro de que lo haría, si le daba el menor motivo para ello. Era un desesperado, un criminal en potencia. Posiblemente estaba tan aterrorizado como él mismo, y eso le hacía doblemente peligroso. La situación actual era como para enloquecer a cualquiera.

—No voy armado —avisó Novak—. No le haré nada. ¿Por qué no baja el arma?

—No —rechazó, seco, Ashton—. No lo haré. Sé lo que pretende; que me confíe, para luego caer sobre mí. Todos son iguales. Todos

buscan mi perdición.

—Yo no sé siquiera quién es usted —suspiró el hombre de EuroCosmos Centro—. Nunca le vi antes de ahora. Sólo sé que está vivo y puede hablar, moverse, como yo mismo. Parece que estamos solos en esta ciudad.

—Imposible —rechazó Ashton—. No podemos estar solos usted y yo. Londres tiene doce o catorce millones de habitantes.

—Ahora son doce o catorce millones de muñecos de carne y hueso, inmóviles y muertos. ¿O no se ha dado cuenta de eso?

—Claro que me he dado cuenta ¯humedeció sus labios, nervioso, sin dejar de contemplarle por encima del cañón de su arma—. Pero es imposible lo que dice. Una capital no se paraliza así, de repente. La gente no se queda quieta, sin saber por qué.

—Exacto… Estas cosas no ocurren. Nunca ocurrieron. Pero ha ocurrido ahora —Novak señaló el majestuoso edificio de la torre de Comunicaciones Internacionales—. Iba a tratar de llamar a alguien, de pedir socorro a alguna ciudad, cercana o lejana. Nada funciona: ni teléfonos, ni el telégrafo, ni emisoras de radio o televisión. Estuve en la BBC, en la World London TV y en el edificio del Circuito Internacional de Programas de Radio y Televisión. Todo el mundo está en igual inmovilidad. Nada funciona. Los aparatos no emiten ni reciben señal alguna.

—Es para volverse loco, amigo —jadeó Ashton, sudoroso y pálido.

—Claro que lo es; yo estoy muy cerca de enloquecer —se frotó los dedos en sus manos, alzadas y bien visibles—. Por eso le dije que bajara ese arma; no tiene objeto ahora.

—Un arma siempre tiene objeto —rechazó el convicto—. Tengo que defenderme.

—¿Defenderse? ¿De quién?

—De todos. De la ley, de la policía, de usted, de otros como usted…

—La ley, la policía… no existen ahora, hágase cargo. ¿De mí? No tengo ánimos para atacar a nadie, sea quien fuere. Sólo busco una explicación, una ayuda, lo que sea. Otros como yo… dudo que existan.

—¿Quién es usted, exactamente?

— Mi nombre es Novak, Richard Novak. Trabajo para el

Gobierno y para las Naciones Unidas. Soy técnico en EuroCosmos Centro; viajes espaciales y todo eso.

—EuroCosmos… —susurró Ashton—. Conozco aquello. Estaba a punto de salir hacia el espacio cuando… cuando sucedió esto, lo que sea.

—¿Usted, al espacio? —se extrañó Novak.

—Sí, infiernos. Ya sé que no soy un astronauta, Novak. Soy un recluso, un condenado a muerte por asesinato. Me llamo Peter Ashton. Nadie me interceptó en la huida. Todos estaban allí… como en Londres.

—Me lo temía —inclinó la cabeza Novak, sombríamente—. Eso quiere decir que el horror se ha extendido a todas partes.

—Es lo que parece —convino Ashton. Miró con recelo al otro—. ¿No piensas… atacarme?

—¿A usted? —Novak se encogió de hombros—. ¿Por qué? ¿Para qué? Yo no soy la ley. Ahora no parece contar mucho todo lo establecido. Y si, por desgracia, fuese cierto lo que temo, posiblemente nada de cuanto el ser humano instituyó en el pasado tenga ya valor alguno.

—¿Qué es lo que teme, amigo?

—Que esto no sea exclusivo de Londres ni de EuroCosmos Centro, los suburbios londinenses e incluso de toda Inglaterra, sino… del mundo entero.

—¡Cielos, no! —aulló Ashton. Le miró con ojos dilatados; el arma tembló en sus manos—. Yo… Yo he vuelto a Londres, y usted se ha encontrado conmigo, porque encontré a muchos otros así, inmóviles, y pensé si en Londres sucedería igual. Cuando llegué, vi que había acertado, que podía conseguir lo que deseaba… por lo que volví a la ciudad.

—¿Por qué volvió, Ashton?

—Dinero. Dinero, joyas, todo eso… Mire allí, Novak. ¿Ve ese edificio? —lo señalaba, justamente frente a la alta, luminosa torre de Comunicaciones Internacionales—. Es el Banco Mundial. Su centro bancario en Europa. Usted tiene que conocerlo.

—Lo conozco, sí —suspiró Richard—. ¿Y qué, Ashton?

—Leí una vez que en sus arcas guarda más de cien veces lo que guarda el Banco de Inglaterra. Cientos de miles de millones de libras esterlinas, de «créditos» al portador, de moneda internacional

en suma, valedera en todos los países del mundo… —los ojos de Peter Ashton brillaron codiciosamente—. ¿Se imagina? Entrar allí sin que nadie lo impida, alcanzar los depósitos, llevarse hasta el último billete tranquilamente. Y las joyerías de lujo. Brillantes, oro, esmeraldas, platino…

—Ashton, ¿de qué le valdrá todo eso en un mundo sin seres vivientes? Puede entrar en cualquier establecimiento y quedarse con lo que quiera; puede comer, beber, vestirse gratis. Nadie le cobrará, nadie se lo impedirá. Pero dinero…, ¿para qué? Será papel mojado, en un lugar donde solamente le rodean cadáveres.

—Pero fuera de Londres, fuera de Inglaterra… ¡sería rico! Rico, libre, respetado…

—Si no hay vida en ninguna parte, ¿quién le respetará o admitirá su dinero, o le proporcionará comodidades? No tendría sentido, Ashton; compréndalo.

—Es sólo una teoría suya, Novak. No todo el planeta tiene que estar necesariamente como está Londres.

—No, no necesariamente —suspiró Richard—. Pero hay muchas posibilidades de ello, amigo mío. Sé algunas cosas sobre armas bacteriológicas y cosas así; es para temer lo peor.

—Está exagerando, seguro. ¿No podemos comprobar eso ahora?

—Claro que podemos comprobarlo —Novak señaló el edificio de Comunicaciones—. Ahí dentro, Ashton. Baje su arma de una vez; no tiene objeto pelearnos entre los dos. Somos supervivientes en un inmenso cementerio. Eso debe bastarnos. Unamos nuestras fuerzas esta vez. Al menos hasta estar seguros, hasta ver una salida, la que sea.

Dudó Ashton. Meditó las palabras que acababa de dirigirle su interlocutor. Luego escudriñó pensativamente en torno suyo; lejanas, descubrió siluetas inmóviles, perfiles humanos quietos como sombras chinescas recortadas en cartón y puestas en ventanas, esquinas y puertas, a contraluz de la iluminación nocturna de la ciudad. Pareció entrar en razón. Inclinó la cabeza. Sus palabras fueron lentas, cansadas, como resignadas.

—Está bien, Novak. Usted tiene razón. Actuemos juntos. Pero le recomiendo que no intente nada contra mí. Estaré siempre alerta. Y le mataré en cuanto me obligue a ello.

—Olvídese de su arma y de su afán de matar. No le daré el

menor motivo, Ashton.

—Otra cosa —le tomó férreamente por un brazo; ambos hombres se miraron fijamente a los ojos—. No me prohibirá que vaya al Banco Mundial y tome el dinero que quiera. Ni que rompa los escaparates de Tiffany's y de otras joyerías, para quedarme con lo que me guste.

—Claro que no —rió sordamente Novak, graves y amargos sus ojos—. Podrá hacer lo que quiera, Ashton. Si algo tenemos ahora totalmente y sin trabas, es precisamente libertad. Libertad de acción para hacer lo que nos venga en gana… sin nadie que se oponga a ello.

—Bien —lo soltó, aunque todavía receloso—. Andando. Vamos a esa torre, y que sea lo que Dios quiera.

Los dos se dirigieron decididamente a la gran entrada encristalada de la torre de Comunicaciones Internacionales. Al iniciar el ascenso por sus amplísimas escaleras, radiantemente iluminadas en forma vertical desde el audaz saliente de una inmensa marquesina plastificada, ambos se quedaron rígidos, inmóviles, como si de súbito hubiera caído sobre ellos el extraño mal, la muerte paralizante que había terminado con la vida de todo Londres, y tal vez, del orbe entero.

—Tire esa arma —ordenó fríamente la voz de Barry Jaffe—. Hágalo ahora, quienquiera que usted sea, o tiraré a matar. Y ésta es una pistola de cargas desintegradoras, por si no ha visto ninguna antes de ahora.

Peter Ashton lanzó una larga imprecación de ira. Sus ojos centellearon, crueles. Su mano apretó el fusil hasta que se blanquearon los nudillos, fija su mirada en aquellos sorprendentes, inesperados personajes que, formando un grupo evidentemente unido y aliado frente a todo y frente a todos, se aparecían en el último escalón, justo en el umbral de acceso a la torre de Comunicaciones.

Eran cinco. Un negro, un oriental, una hermosa mujer, un pelirrojo y atlético joven que le encañonaba con el arma de proyectiles desintegrantes, de modernísima factura, y un hombre moreno, de rostro levemente eslavo. Todos con uniforme de la fuerza espacial de la ONU.

Por unos momentos pareció que el choque era inevitable. La

mano de Ashton, comenzó a alzar su arma. El dedo de Barry Jaffe tembló en el gatillo.

CAPITULO VIII

Richard Novak contuvo el aliento.

A la sorpresa inicial de verse ante otros cinco supervivientes, Novak había sentido inmediatamente después que se sucedía una impresión de angustia por la posible muerte de un hombre, allí ante él, en un ámbito donde ya no quedaba nadie con vida salvo ellos y, posiblemente, alguna otra persona como caso aislado.

Por fin, la tensión se relajó. Justamente cuando Peter Ashton, tras un par de segundos de indecisión que parecieron siglos, resolvió bajar definitivamente su arma, y dejarla caer escalones abajo.

—Como ve, acepto la conminación —dijo con voz sorda el convicto—. ¿Y ahora?

Barry Jaffe respiró hondo. Se notó que le complacía el desenlace de la escena. Matar a un hombre no era cosa que pudiera hacerle feliz, ni mucho menos.

—Ahora suban los dos —invitó, seco—. Quiero saber quiénes son.

—Sé quién es uno de ellos —terció Hazel Graham. Señaló con firmeza—. Richard Novak, técnico de EuroCosmos Centro. Seguridad y control de vuelos espaciales, coronel.

—Vaya… —Jaffe contempló a Novak con cierto alivio—. Celebro eso, Novak. Perdone mi actitud, pero su compañero no actuaba muy amistosa ni pacíficamente, según pudimos observar desde la torre. Por eso hemos salido a terminar con esto.

—El no es mi compañero —dijo Novak—. Acabábamos de encontrarnos en la calle. Pretende llevarse todo el dinero del Banco Mundial en Londres. Es Peter Ashton, un convicto de asesinato. Iba a partir con una nave de castigo hacia el espacio, cuando sobrevino esto.

—Ya. Y seguramente estaba encerrado en su cápsula a las doce en punto —señaló Feng, con tono suave.

—Exacto —Ashton le miró ceñudo—. ¿Cómo lo sabe, cara amarilla?

—Es evidente que, de no haber sido así, usted sería otro de los

cadáveres paralizados que se encuentran por todas partes —sonrió tristemente Feng. Luego contempló el edificio del moderno Banco Mundial de Londres, y meneó la cabeza—. No veo inconveniente en que se ahogue en billetes, Ashton; no le van a servir de mucho aquí.

—Su idea es evadirse al extranjero con eso —explicó Novak.

—El extranjero… —Solohov torció el gesto—. Mi querido amigo, ¿sabemos si el extranjero está en mejores condiciones que este país?

—Es lo que yo dije —asintió calmoso Novak. Miró a los cinco—. Si no me engaño, la tripulación en pleno del Saturno II.

—Eso es —afirmó Jaffe—. Acabábamos de regresar. Tuvimos el tiempo justo de entrar en las cámaras de descontaminación, cuando…

—Entiendo —afirmó Novak. Cruzó su inteligente mirada con la fría y astuta del doctor Feng—. Otro caso de aislamiento. Encerrados en las bolsas esterilizantes no se contaminaron de… de lo que ello haya podido ser. Como mi esposa y mi hijo, dentro de una campana de oxígeno… y yo encerrado en un helicar especial, supersónico, herméticamente ajustado, sin posible entrada de aire exterior.

—Su teoría y la mía coinciden, Novak —suspiró Feng, afirmando despacio—. En resumen, estamos ante algo que podríamos definir como un elemento perturbador transportado por el aire respirable, acaso en forma de virus rapidísimo, de radiación o lo que sea, y que en escasos segundos afectó a toda la ciudad de Londres, posiblemente a todo el país, en la peor de las circunstancias a todo el planeta. Y solamente nos hemos librado de la misma terrible suerte aquellas pocas personas que hayamos estado aisladas en ese momento de todo contacto con el exterior.

—Entonces habrá otras, quizá… —aventuró Luther Brampton.

—Es indudable que las habrá, en Londres mismo o donde fuere —asintió Solohov—. Casos aislados, gente que se creerá abandonada, sola, perdida en este caos. Por eso convendría lanzar una emisión de radio y televisión desde esta torre. Algo para transmitir a Londres y a todas partes, para atraer aquí o a EuroCosmos a la gente que se encuentre aun con vida. Estando todos unidos, es más probable que podamos hacer algo para evitar

el desastre definitivo, si aún es tiempo para ello.

—Pero…, ¿quién desencadenaría este horror? —se lamentó Jaffe.

—Creo saberlo —musitó Novak.

—¿Usted? —todos le contemplaron, sorprendidos.

—Poco antes de que yo saliera de EuroCosmos, me fue informado que el profesor Nikola Heuvelman, el científico loco, había escapado de su sanatorio mental, y posiblemente se dirigía a buscar una reserva de su arma biológica letal, que él ocultó antes de ser internado.

—De modo que eso fue… —la profesora Graham y el doctor Feng cambiaron una mirada—. Ahora todo se explica, desgraciadamente.

Entraron en la torre y se encaminaron a la planta alta. Allí reunidos, cabizbajo y ceñudo Ashton, Barry Jaffe dio la orden.

—Bien, señores, espero que todos inicien sus actividades para resolver la situación. Usted, Novak, podría traer a su esposa e hijo aquí, a un departamento que habilitaremos, donde la doctora Graham podría ayudarle mucho en la asistencia a su mujer y todas esas cosas. El doctor Feng, aparte de ser un eminente biólogo, es médico especialista, de modo que también será mejor auxilio para su esposa que dejarla en el hospital, sin nadie que la atienda. Trasladarán la campana de oxígeno y el material necesario; todo se hará aquí. Por el momento es nuestro cuartel general, en tanto resolvemos lo que ha de hacerse y sepamos lo que ha sucedido fuera de Londres.

—Conforme —asintió Novak—. Gracias por todo, coronel.

—No diga tonterías; nadie tiene que agradecer aquí nada a los demás —señaló rotundo a Ashton—. Usted, amigo, será también útil a la reducida comunidad que hemos sobrevivido por el momento. Si lo desea de buen grado, bien; si no, tendré que obligarle. O matarle.

—Si van a considerarme como uno más y no como un prisionero, haré gustoso lo que sea — prometió Ashton, vacilante.

—Así me gusta. Vaya, Ashton. No es un prisionero; ahora esas cosas se han terminado. Pórtese bien, y será un ciudadano más. Haga una tontería…, y le pesará. Ni siquiera tiene objeto ahora tratar de ser un rebelde o un loco. No intente escapar: no hay sitio

alguno adonde pueda huir para estar mejor.

»Bien, ahora que hemos llegado a un acuerdo los siete, empecemos la tarea.

*

La empezaron. Y la terminaron. Cada uno tuvo su labor agotadora, durante las horas que siguieron a aquella madrugada fantástica y terrible. El doctor Feng realizó numerosos análisis de muestras de oxígeno, de piel de personas inmóviles, contaminadas por aquella muerte paralizante. El resultado final fue sorprendente. Y desolador.

—Nada… —musitó—. Nada en absoluto.

Richard Novak, que volvía de instalar a su esposa en la planta inferior del edificio de Comunicaciones, con la ayuda de Luther Brampton y de la profesora Graham, miró asombrado al científico oriental.

—¿Quiere decir… que no encontró nada?

—Nada de nada. Ni atisbos de radiaciones, ni de productos químicos normales, ni de cosa alguna que explicase todo esto. El aire es normal; su composición correcta, sin residuos químicos de ninguna clase. Igual resultado dan las epidermis de los contaminados. Y sus ropas, sus objetos personales… Es como si ninguna cosa material hubiera producido este desastre, Novak.

—Pero, eso es imposible, ¿no?

—Desde luego. Para mi concepto, es imposible. Sólo que… ha sucedido.

—Sí, ha sucedido…

Y los dos hombres se quedaron inmóviles, sin entender lo que ocurría.

Afuera zumbó un vehículo sobre los techos de Londres. Ávidamente, todos miraron por los ventanales. Hubo un leve resquicio de esperanza. Luego, decepción.

—Es Solohov que regresa —informó Brampton—. Ahora sabremos algo. Pero no supieron nada. Al menos, nada positivo ni esperanzador.

—He llegado hasta Dover —refirió amargamente, quitándose su casco de vuelo en el turbocar supersónico—. Nada, amigos. Ni un ser con vida. Pueblos campestres o pesqueros, carruajes, barcas de pesca… todo inanimado. Gentes que parecen dormir, pero no

duermen. Calles desiertas, silencio. Ni el trino de un pájaro, ni un animal viviente. He visto caballos dormidos en el heno, tiros de carruajes inmovilizados contra una cerca. En el mar, frente a Dover, hallé un pesquero a la deriva; en su cubierta, la gente parece contemplar el mar, absorta. Sobrevolé la embarcación. Nadie alzó la cabeza. Nadie se movió. Es horrible.

Hazel Graham subió con noticias poco alentadoras también.

—Lo intenté todo. He logrado conectar un circuito, con unas válvulas y electrodos de reserva que se mantenían indemnes, en una caja metálica —explicó—. Ahora la televisión está transmitiendo a todo Londres y su radio de alcance un mensaje de emergencia que he grabado en videotape estereoscópico. No sé si dará resultado. Los intentos por comunicar con el extranjero son vanos: no recibimos señal alguna de radio o TV. Tampoco creo que podamos emitirlas lo bastante fuertes para alcanzarlos; todo el material electrónico está averiado.

—¿Y sobre las causas, profesora? —indagó Feng, pensativo.

—Nada —suspiró ella—. Un gran misterio, doctor. Se fundieron súbitamente. Es todo. No he podido averiguar por qué.

—Es obsesionante —se enfureció Solohov, pegando un seco puñetazo sobre un tablero—. ¡No podemos entender nada de cuanto ha ocurrido ante nuestras propias narices!

—Cálmese, querido comandante —rió Feng entre dientes—. Olvide su autoritaria idiosincrasia soviética, y serene los nervios. Ahora es cuando más lo necesitamos.

—Habló la sabiduría tranquila y hierática del oriental —gruñó Solohov con sarcasmo—. Conforme, doctor Feng. Me calmaré… si puedo.

—Recuerden la pacífica convivencia en el Este —rió con agrio humorismo el americano Jaffe—. Es necesario que vivamos más unidos que nunca… mientras nos sea posible vivir.

Hubo un silencio de asentimiento por parte de todos. Novak regresó junto a su esposa. Se sorprendió al verla con sus ojos muy abiertos, dulces y oscuros, fijos en él, desde detrás del plástico de la campana de oxígeno. Emocionado, entró en el recinto hermético sanitario.

—Kathleen… —se arrodilló junto a ella, tomando su mano. La miró tiernamente—. Kathleen, todo ha ido bien.

—Lo sé… —musitó ella—. Esa joven me ha informado. Ha sido un niño, ¿verdad, Dick?

—Sí, un niño —tragó saliva—. Te hemos trasladado por qué sucedía algo en el hospital y no podías ser atendida allí debidamente. Ya te explicaré.

—Sí, la profesora me ha informado de que algo iba mal allí, pero que era largo de explicar ahora. También comprobó que mi corazón va mucho mejor. Ha resistido bien, Dick.

—Lo sabía —sonrió él—. Sabía que resistirías.

—¿Y el niño?

—Está bien. Cuidan de él varias personas; no temas. Todo va perfectamente ahora. Tú permanecerás algo más ahí dentro. Luego resolveremos, a la vista de tu estado.

—Sí, Dick —le contempló, dulce su mirada—. No sucederá nada malo, ¿verdad?

—No, nada. No sucede nada —Novak forzó una sonrisa—. Hay calma. Mucha calma en la ciudad, eso es todo.

—Suele suceder después de Nochevieja —ella dibujó una sonrisa risueña—. No pude felicitarte antes, querido. Feliz año… y feliz siglo, Dick.

—Felicidades, Kathleen —Novak tragó saliva y la besó en los labios—. Felicidades… y que tengamos un buen año y un buen siglo.

Ella entornó los ojos. Se adormeció, tranquila, serena, confiada. Richard Novak se incorporó y salió de la campana plástica. La acarició con sus dedos, mecánicamente; el frío tejido plástico le resultó por primera vez cálido y entrañable. Le debía tanto… La vida de Kathleen, del pequeño…

Salió de la estancia. Se cruzó con Hazel Graham, que llevaba en sus manos un frasco esterilizado con leche y biberón. Se miraron, sonrieron ambos. Como si nada sucediera fuera de allí.

—No sé cómo agradecerle, profesora… —comenzó Novak.

—Olvídelo —cortó ella—. Ya oyó a Barry. Quiero decir, al coronel Jaffe. No debemos darnos las gracias mutuamente. Todos debemos apoyarnos unos a otros. Es nuestro deber.

—¿Es usted soltera, profesora?

—Sí, lo soy —Hazel le miró, curiosa—. ¿Por qué lo pregunta?

—Oh, por nada. Me pareció… que el coronel Jaffe simpatiza

mucho con usted. El rubor asomó a las mejillas de la joven.

—Es posible —admitió—. Muchas veces las circunstancias nos obligan a simpatizar a unos con otros. Además, el coronel es una excelente persona; un hombre duro, decidido, enérgico. Hace mucha falta en una situación así.

—Cierto —miró el biberón—. No la entretengo más. Usted tendrá muchos cosas por hacer, aparte de atender a mi pequeño mientras su madre sigue delicada del corazón.

—Por el contrario, temo que ya no tengo nada que hacer —meneó la cabeza—. El mensaje televisado sigue en antena. Las llamadas de SOS se transmiten continuadamente, pero ignoro su alcance real, e ignoro si alguien puede oírlas. Sólo puedo hacer una cosa: esperar.

—Esperar, ¿qué?

—No sé. El fin de la pesadilla. La muerte, acaso.

—También será el fin —se estremeció Novak. Señaló al exterior con un ademán—. Pero no me gustaría que fuese así. Me pregunto: ¿quién les enterrará? ¿Quién rezará por todos ellos, quién reconstruirá el mundo?

—Nadie, Novak. Morir así, en pie, repentinamente inmóvil… debe ser algo horrible. Además llegará el momento en que sea imposible sobrevivir aquí. ¿Se imagina el hedor de millones de cuerpos empezando a descomponerse?

Richard Novak sintió un agudo escalofrío. Sus cabellos se erizaron.

Millones de cuerpos humanos en descomposición. Una visión dantesca, espeluznante, de un mundo en putrefacción paulatina, masiva, hasta el fin de toda vida, en medio del hedor repugnante e intolerable de una Humanidad sin sepultar, hacinándose en calles, plazas, edificios, locales, pueblos, campos, litorales, mares…

—Horrible —jadeó—. Horrible, profesora Graham. El mundo en descomposición… Y eso empezará pronto. Apenas salga la luz del día.

Del día primero de enero del año 2000.

Y sus ojos se fijaron, como de común acuerdo, en el negro recorte de la noche oscura en las grandes vidrieras de la torre de Comunicaciones Internacionales.

*

—Estaban ustedes en un error, Novak.

—¿Qué? —se sobresaltó Richard, despertando del profundo y corto sopor en que, finalmente, había logrado sumirse, tras tantas incertidumbres y sobresaltos.

—Dije que estaban ustedes en un error —repitió el doctor Feng, inalterable e infatigable siempre, como si no necesitara el sueño ni el reposo—. Ahora vengo de las calles, amigo mío.

—Temo no entenderle… —dudó Richard Novak, perplejo.

—Hablé con la profesora Graham antes de salir. Yo tenía sus mismos temores, lógicamente, pero también albergaba mis dudas. Y por eso he salido a comprobar la certeza de sus preocupaciones que, a fin de cuentas, no era sino un hecho perfectamente lógico y natural.

—¿Se refiere a…?

—A la corrupción, sí —asintió Feng, apacible.

—¿Qué quiere decir con que estábamos en un error, doctor?

—Que no se ha producido. En ningún cuerpo.

—¡Cielos! —Novak miró al exterior; ya había luz diurna. Una luz grisácea, triste, fría y desapacible—. Ya ha pasado suficiente tiempo para que empiece a…

—Exacto. Ha pasado suficiente tiempo para que al menos algunos de los seres que ahí fuera permanecen inmóviles, en una muerte paralizante, empezasen a sentir en su cuerpo los efectos de la descomposición. Pero no es así; están totalmente normales. Como anoche. Como si nada sucediera. Su frigidez es la misma de anoche. Creo que ni siquiera existe un auténtico rigor mortis, sino la rigidez de esa extraña forma de muerte.

—No entiendo nada, doctor.

—¿Hay alguien que lo entienda? —musitó amargamente el científico oriental. Luego, aproximándose a las vidrieras, comentó —. Empieza a lloviznar. Es aguanieve, en realidad. Hoy es un día frío y triste. Un mal principio de año y de siglo, Novak.

—Un mal final para el mundo, doctor Feng —respondió sombríamente Richard.

El científico chino se alejó, cabizbajo, como meditando lo que había dicho Novak como tremendo comentario a la delirante situación en que se hallaban.

Novak se desperezó. No sentía más sueño, aunque sí un

profundo cansancio. Fue a ver a Kathleen. Ella dormía apaciblemente y el niño también. Hazel Graham había cuidado de ambos durante la madrugada, y también estaba entregada ahora al reparador descanso.

Subió a la última planta de la torre; allí estaban trabajando Jaffe y Solohov. Ambos se volvieron a mirarlo cuando entró. Afuera, en un Londres extrañamente silencioso, bajo el palio gris y oscuro de las nubes, la llovizna se hacía más intensa, y los copos al golpear los vidrios de la torre se derretían lentamente, probando que era aguanieve. La temperatura era baja, a juzgar por el indicador climatológico del muro.

En una pantalla de televisión aparecía el rostro de Hazel, bonito y atractivo pese a la triste expresión que la situación imprimía en todos, repitiendo una y otra vez ¯en la banda magnética estereoscópica y en color en que grabara su mensaje¯ el texto de aviso a todo ciudadano, londinense o no, que se hallara con vida en la silente jungla de cuerpos paralizados, para acudir lo antes posible a la torre de Comunicaciones Internacionales, con la idea de agruparse todos los supervivientes.

—¿Sin novedad? —indagó Novak.

—Sin novedad —suspiró el americano—. Nadie responde al mensaje.

—Lo peor se va confirmando, ¿no?

—Desgraciadamente, sí. Pero la esperanza es lo último que se pierde.

—Ojalá esa esperanza se confirme —musitó Solohov a medio tono.

En ese momento, todos dieron un respingo. Una pantalla se iluminó súbitamente. Todos se volvieron a ella. Era Luther Brampton. Su moreno rostro aparecía en una pequeña pantalla de comunicación visofónica.

—Aquí Brampton, en el coche patrulla —dijo el joven astronauta de color—. He encontrado a un hombre inconsciente junto a los antiguos laboratorios en que el profesor Nikola Heuvelman realizara experiencias bioquímicas. Tengo evidencias para suponer que es el propio profesor Heuvelman.

—¡Demonios! —Jaffe se precipitó al visófono interurbano—. ¡Brampton, continúe!

—Le traigo conmigo —señaló atrás del vehículo en que tripulaba—. No está muerto como los demás.

—¿Lo ha comprobado ya?

—Sin lugar a dudas, coronel. Le he dado un sedante y lo he atado, en previsión de cualquier contingencia. Traigo también una caja blindada, que retiré de donde él se refugió. Heuvelman estaba en una cámara hermética, aislada del exterior, en los sótanos del edificio.

—Yo le dije que mirara allá —comentó Novak—. Se lo aconsejé anoche, cuando me dijeron que habían 1ogrado establecer comunicación con un par de turbocares para patrullar por la ciudad. Me alegro de haber acertado.

—Otro superviviente por aislamiento del exterior… —comentó Solohov, pensativo.

—Y no es el último —sonrió Brampton ante la cámara de fonovisión del coche.

—¿Qué? —indagó sobresaltado el coronel norteamericano.

—Señores, prepárense. Me he cruzado ya con un grupo de personas llenas de vida, y también de terror. De ambos sexos, y edades diversas. Por una u otra razón, todos estaban en recintos aislados cuando ocurrió el asunto. No se hagan demasiadas ilusiones tampoco; son en total una veintena. Pero ya es algo: no estamos solos. No del todo, amigos.

Cerró la comunicación. Hazel Graham había logrado, al menos, aquel circuito por visófono, reparando algunos cableados electrónicos. No era mucho, pero parecía suficiente, dadas las circunstancias. Ahora, gracias a ese rudimentario medio de comunicación urbana, habían sabido al fin algo positivo. Tenían a Heuvelman vivo. Y también a una veintena de supervivientes, gentes aterrorizadas que ahora tendrían al menos un resquicio de esperanza, entre la llamada televisada de Hazel Graham y su encuentro con Luther Brampton.

Además, Brampton traía consigo la caja de Pandora del enloquecido Heuvelman: el objeto y motivo de todo aquel horror, sin duda. Una vez abierta, había lanzado el caos al mundo, pero sin dañar a la persona que más cerca se hallaba de ella, su propio creador. ¿Por qué motivo?

Sin duda todos ellos pensaban en lo mismo, porque Boris

Solohov aventuró un comentario excitado:

—¿Será posible que Heuvelman haya encontrado un antídoto contra eso? Nadie aventuró una respuesta. Pero todos se hacían la misma pregunta.

Y lo peor fue que la respuesta a esa pregunta era negativa. Desoladoramente negativa. Sobre todo, por lo que en sí significaba…

CAPITULO IX

—La caja está intacta. Sin abrir. Sellada, y sin fisuras.

Era contundente el informe. Tremendamente seguro el tono de Feng. Hazel lo confirmó, tras examinar su superficie oscura, de recio metal a prueba de radiaciones, con un comprobador magnético.

—Es cierto —corroboró—. Nadie ha abierto esta caja recientemente. Lo que contenga, no ha podido salir de ahí.

Hubo un profundo silencio. El significado del informe era contundente. Richard Novak sintió fijas en él las miradas de todos los expertos agrupados en la torre, en aquel esfuerzo colectivo por combatir lo que acaso era invencible de todo punto.

—Me sorprende —suspiró—. Había pensado que el hallazgo científico de Heuvelman era el responsable de todo esto. Si no es así, todavía es más incomprensible, más absurdo todo. Sinceramente, no entiendo nada, señores… ¯y bajó la cabeza, desolado.

Los demás no estaban mucho más animados que él. Afuera, la lluvia helada caía ahora con intensidad. El gris triste y lúgubre del día encajaba perfectamente con el ambiente de aquel recinto, en la Londres del año 2000: propio de la más abominable pesadilla.

—Calma, señores —habló Feng, con parsimonia—. Si estamos convencidos ya de que no fue el diabólico invento de Heuvelman el responsable de los hechos, es que hubo otra razón. ¿Cuál? No lo sabemos, conforme. Hay que encontrarla. Tiene que existir. No podemos darnos por vencidos; no ahora, amigos.

—Estoy de acuerdo con el doctor —habló Jaffe—. Por tanto, sugiero una cosa: aquí, en esta torre, tenemos ya poco que hacer. Hemos obtenido una respuesta del propio Londres y alrededores: ya son treinta personas las que se refugian abajo, sometidas a examen médico. No parece haber más supervivientes. Por si los hubiera, Hazel cambiará el mensaje, grabándolo de nuevo, indicando a todo posible superviviente que se dirija a un nuevo cuartel general que debemos adoptar inmediatamente.

—¿Cuál, coronel? —se interesó Solohov.

—El EuroCosmos Centro —remachó rotundo el americano—. Volvemos todos allá.

—¿Por qué? —se interesó, inquieto, Peter Ashton, el asesino.

—Porque vamos a estudiar el modo de abandonar este país, aunque sea en una astronave, si no hay respuesta alguna del exterior en unas horas. Así sabremos, de una vez por todas, si estamos solos o no en el mundo, caballeros.

Y la tajante respuesta del coronel no permitía objeciones a nadie; eso era evidente.

*

Peter Ashton contempló ceñudo los preparativos. En grupos perfectamente alineados se disponían a abandonar la torre de comunicaciones todos los supervivientes hasta entonces reunidos en Londres. Algunos vehículos ¯habilitados en sus motores eléctricos por Hazel Graham y Luther Brampton¯ transportaban alimentos, bebidas, productos medicinales y toda clase de elementos de posible utilidad y emergencia, así como a Kathleen Novak con su bebé. El coronel Barry Jaffe sabía organizar las cosas. Solohov, el astronauta soviético, era su lugarteniente en la tarea.

Ashton fue designado a uno de los grupos, como un miembro más de la tripulación. Eso le hacía sentirse tranquilo, porque no le separaban de los demás; no le consideraban como al convicto de asesinato salvado de la acción del verdugo.

Por otro lado, le irritaba dirigirse, por principio de obediencia y disciplina, como un soldado, en dirección a EuroCosmos Centro, la gran base europea de astronautas de la ONU.

Él hubiera preferido ir al centro de Londres en busca de joyerías, o de establecimientos bancarios más fáciles de asaltar y expoliar que el formidable edificio del Banco Mundial. Llenar sus bolsillos de libras esterlinas, de miles, de millones de ellas. Y de valiosas joyas. Luego emprendería viaje al extranjero…

Estaba seguro de que todos los temores de los astronautas y del técnico Novak eran infundados. Pura fantasía. No podía ser el fin del mundo. No así. Aquél no era el terrible y devastador Apocalipsis profetizado por el Apóstol. No, no era esto. Seguro que no. En otros lugares habría vida, habría gentes, pueblos, ciudades, placeres, lujos, comodidades…

Todo eso estaría a su alcance. Sería suyo. Eso, y la impunidad.

Con otro nombre, sería un nuevo ciudadano, rico y poderoso. Eso era mejor, mucho mejor que seguir el ejemplo de aquel puñado de chiflados que luchaban tontamente por salvar a un mundo que, sin duda, estaba bien a salvo, con la sola excepción de Londres, pulverizado por algún raro fenómeno provocado por uno de aquellos científicos del diablo.

Cuando a una orden del coronel Jaffe emprendieron la marcha los diversos grupos, faltaba un personaje en la expedición. Nadie lo advirtió en la confusión y excitación del momento, bajo la copiosa lluvia helada, en el inclemente, gris y feo día inicial del siglo XXI.

Peter Ashton, con su escurridiza habilidad en tales menesteres, se había evadido de la formación. Mezclado con las rígidas estatuas de carne de las avenidas y plazas londinenses, pasó inadvertido ante los supervivientes que no le habían visto antes de ahora. Y los demás siguieron su marcha hacia el EuroCosmos Centro, dejando en Londres al convicto.

—Es el gran momento —sonrió Ashton, agazapado tras una esquina—. El momento de empezar la gran tarea…

Y echó a correr bajo la lluvia por la ciudad desolada, silenciosa, increíble. Buscando establecimientos, entidades bancarias accesibles, joyerías y lugares donde obtener fácil dinero, miles y miles de libras de valor legal.

Primero se detuvo en dos o tres cantinas y clubs nocturnos. Se abrió paso, indiferente, entre figuras inmóviles, entre rostros inexpresivos y posturas forzadas, entre ojos vidriosos, que le contemplaban sin ver. Bebió los más caros licores, se llevó dos botellas del mejor whisky, y siguió adelante, canturreando una tonada, ajeno a toda la espantosa y masiva frialdad de aquellos miles de seres petrificados por un horror desconocido, en apenas unos escasos segundos de transición, al filo del año 2000.

Llegó al antiguo Strand, ebrio y risueño, cantando a voz en grito, feliz de que los inmovilizados policías no le llamaran la atención, o corrieran tras él para volverle a su celda de la muerte.

Cuando estuvo medio vacía la última botella, la descargó contra un escaparate, pulverizándolo brutalmente. Rió, dejando caer en cascada mil objetos valiosos, porcelanas y vidrios decorativos, que se hicieron añicos en las aceras. Ya nada de eso importaba mucho a los silenciosos habitantes de la gran urbe, pensó entre brumas

alcohólicas.

Siguió adelante, tomando otra botella del estante de un pequeño bar con escasos parroquianos, agrupados con copas de champaña ante un reloj que marcaba aún las doce. Se mofó de ellos, sacándoles la lengua o dándoles papirotazos, entre risotadas. Descorchó la botella, echó un trago, y trotó a la acera opuesta, donde vio un negocio de joyería.

En pocos instantes había desgajado los escaparates, cargando sus bolsillos con docenas de costosas joyas, ricas en oro, diamantes y platino. Luego, de otro escaparate tomó una maleta para llenarla de billetes donde los encontrase.

Se detuvo en un negocio de restaurante y sala de fiestas. Pasó entre bailarines, camareros y parejas sentadas ante sus manjares, inmóviles como estatuas. Abrió la caja, tirando de un empellón a una bonita cajera de breve falda, sin fijarse siquiera en la belleza de sus pantorrillas.

Encontró una liquidación abundante. Billetes de cincuenta y cien libras… Echó todo ello a la maleta. Respiró hondo. Era un sitio caro. Había dinero allí. Pero esto era sólo el principio. Tenía horas, días, semanas acaso, para llenarse los bolsillos de una cantidad miles de veces superior a aquella. E impunemente. Sin prisas. Sin testigos. Era el sueño dorado de un ladrón, de cualquier ser humano, incluso.

Salió a la calle. Se detuvo, sorprendido. Sonrió, frotándose los ojos.

—No es cierto, claro —se dijo entre dientes—. Es el whisky, el maldito alcohol…

Claro que no podía ser cierto. Todo Londres estaba inmóvil. Aquella pareja, junto a la puerta del club restaurante, aquel portero de librea, no podían haberse movido.

Echó a andar, sacudiendo la cabeza, cargado con su maleta, silbando alegre. De nuevo se paró, pestañeando. Agitó la cabeza, sorprendido.

—¿Otra vez? —gruñó—. La misma alucinación… Creí que se movían esos peatones…

Avanzó rápido. Se detuvo al asomar a un punto donde un nutrido grupo de gente, con champaña, serpentinas, gorros y toda clase de adminículos de fiesta, contemplaban una gigantesca

pantalla de televisión con un reloj: el Big-Ben, conservado siempre como reliquia. Y en él, las doce en punto… La imagen se había quedado fija allí.

Ahora ya no tuvo dudas. No era un leve movimiento. De súbito, todo el grupo había girado la cabeza, mirándole. Y se movieron hacia él.

*

Ashton emitió un grito de estupor, de sobresalto. Se quedó clavado en el suelo, como si ahora fuese él quien estuviera petrificado por algún extraño efecto letal.

—¡No… ! —jadeó—. ¡Cielos, no…! ¡Todos se mueven, han vuelto a la vida!

Era cierto. Se movían. No podía ser una alucinación. El alcohol no alucinaba hasta ese punto. No eran uno ni dos, sino al menos un centenar de personas de ambos sexos. Avanzaban hacia él. Le miraban fijamente, sin hablar. Sólo eso; le miraban.

—¿Qué… qué pretenden? —musitó, estremecido. Dejó caer la maleta—. Les aseguro… les aseguro que no llevo nada que no sea mío… Soy forastero, acabo de llegar a Londres… No, no sé lo que sucede. Ustedes… ustedes estaban todos quietos hace un momento. ¿Qué les ocurre ahora? ¿Por qué no hablan, por qué no dicen algo? ¿Por qué… por qué me miran de ese modo?

Era un extraño, inquietante modo de mirar. Era una mirada que seguía siendo vidriosa, como ausente. Pero fija, muy fija en él. Avanzaban, inexorablemente. Paso a paso. No expresaban emoción alguna. No decían nada. No despegaban los labios.

Ashton se volvió, asustado. Trató de escapar echando a correr. Llegó a la esquina más cercana, la dobló, volvió a emprender la carrera. Pero se paró en seco, aterrado.

Otro grupo más nutrido, una gran masa de gente, avanzaba también en su dirección. Impávidos los rostros, rígidos los cuerpos, vidriosa la mirada. Hacia él también.

—Pero… pero esto, ¿qué significa? —sollozó casi, lívido. Hundió las manos en los bolsillos, tiró las joyas al asfalto, exasperado—. ¡Mirad, os lo devuelvo todo! ¡Todo! ¡Dejadme ir tranquilo, no me miréis así! ¡No os acerquéis, por el amor de Dios! ¡No…!

Otra masa humana, en movimiento inexorable, surgió por una

bocacalle cercana. Giró la esquina y avanzó directamente hacia él. Ashton se estremeció, convulso. Trató de huir, pero no pudo lograrlo esta vez. Resbaló en el asfalto húmedo. Cayó.

Estaba rodeado. Cercado de gentes, de personas frías, extrañas, herméticas, como simples robots. Muchas manos cayeron sobre él. Le aferraron, le zarandearon. Eran cien, doscientas, trescientas personas acaso, de todo sexo, edad y condición.

Lo sujetaron por todos los lugares posibles de su cuerpo. Luego, súbitamente, cayeron sobre él. Y le lincharon.

CAPITULO X

Sin una sola palabra. Sin un sonido. Sin un gesto. Lo lincharon brutalmente. Con sanguinaria ferocidad. Después, cuando el cuerpo de Peter Ashton era sólo una piltrafa enrojecida sobre el asfalto de Londres, aquella gente formó un núcleo cerrado, un frente sólido, sin fisuras. Y emprendió la marcha.

Otras muchas masas de gente se les iban uniendo por el camino, a través de Londres, bajo la lluvia. Fueron miles, decenas de millares.

Siguieron su extraño desfile, rígido y monocorde. Se dirigieron, por todas las calles posibles de la capital, rumbo a un mismo punto, a un mismo lugar. Como movidos por un mismo impulso, por una misma fuerza común.

Hacia el EuroCosmos Centro.

Se movían como una masa infinita, aniquiladora, escalofriante. Una masa que ya había matado una vez, fría y despiadadamente. Una masa en cuyo cerebro, en cuya mente, sólo había una idea fija: volver a matar.

*

—Falta uno. Falta Ashton.

Richard Novak siguió con la mirada la hilera de rostros. Afirmó, sombrío.

—Cierto, coronel —se volvió a Jaffe—. Debió escabullirse al salir de Londres. Su obsesión es el dinero, las joyas. No quiso venir aquí, sin duda. ¿Vamos a buscarlo?

—Será tarea casi imposible, en una ciudad como Londres. Se encontraron ustedes una vez por simple coincidencia. Eso no se repite, Novak. Olvide a ese pobre diablo; esperemos que no caiga víctima de su propia codicia.

El coronel Jaffe se alejó, tras disponer con Solohov la distribución de los supervivientes en las diferentes dependencias de uno de los pabellones de EuroCosmos. Previamente, como quien procede a la evacuación de los maniquíes de unos grandes almacenes, habían sido conducidos a un pabellón diferente todos los afectados por el extraño mal paralizante.

—Tengo a uno de esos cuerpos en el laboratorio —explicó Feng, saliendo de uno de los recintos destinados a investigación biológica en el vasto centro espacial de las Naciones Unidas—. Voy a proceder a un examen y análisis total de su ser, coronel.

—Espero que, realmente, al hacerlo actúe sobre un cadáver real, como en una autopsia, y no en un ser vivo, en una vivisección, doctor —comentó Jaffe, ceñudo.

—No se alarme —sonrió el oriental suavemente—. De todos modos, pienso evitar todo posible riesgo. La ciencia está llena de enigmas, y esta aparente muerte clínica, al faltar indicios de descomposición, pudiera ser un fenómeno de otro tipo, por lo que solamente actuaré como un cirujano cuidadoso, obteniendo muestras de sus tejidos, estudiando sus órganos, y obrando, en suma, como si el cuerpo estuviera dotado de vida.

—Suerte, doctor —deseó Jaffe, con escepticismo.

Siguió su marcha hacia otros lugares del EuroCosmos Centro, convertido en central de actividades de los supervivientes de Londres, en tanto el doctor Feng penetraba en su laboratorio para continuar con su tarea investigadora.

Barry descubrió a Hazel Graham contemplando melancólicamente, desde la plataforma frontal del cosmódromo, las pistas de aterrizaje y despegue, ahora reducidas a la inactividad total. Allá, frente a ellos, destacaba el familiar fuselaje oscurecido del Saturno II. Barry Jaffe se situó tras ella y también contempló la cápsula que regresara del espacio.

—¿Nostalgia? —preguntó.

Ella se volvió, con leve sobresalto. Sonrió al norteamericano, y asintió.

—Sí, coronel.

—Por Dios, Hazel, llámame Barry. Nos conocemos lo suficiente para eso, ¿no?

—Usted es mi superior…

—Ya no. Solamente somos un hombre y una mujer que luchan por sobrevivir. Si mando aquí, es porque alguien tenía que hacerlo, y ustedes decidieron que fuese yo. Hazel, parece mentira cuántas cosas han sucedido desde que esa nave nos dejó en tierra de nuevo.

—Toda una eternidad, en sólo unas horas —suspiró ella, abatida —. Pensábamos encontrar un mundo feliz, en el umbral de un

nuevo siglo… y hallamos esto.

—Muchas cosas se han destruido aquí en este tiempo, Hazel. Yo… yo tenía pensado hablarle de algo, cuando celebrásemos esa Nochevieja que nunca llegó.

—¿A mí? —ella le miró sorprendida—. Hablarme… ¿de qué, coronel? Perdón…, Barry.

—Así será más fácil. Mucho más. Hazel, usted y yo somos solteros, tenemos una misma y arriesgada profesión como es la de tratar de conquistar el espacio… Pensé en pedirle que algún día se casara conmigo, si no le resultaba particularmente falto de atractivo.

—Barry… —ella pestañeó, desconcertada. Le contempló profundamente—. Pero, ¿es cierto lo que dice?

—Se lo prometo. Eso era entonces, cuando todo era normal. Pero si ha ocurrido lo peor, Hazel, tal vez ya no tendría objeto que yo…

—Barry, es hermoso lo que ha dicho. Y ahora, más aún. En cualquiera de los dos casos… mi respuesta hubiera sido la misma: sí.

—¡Hazel! —él la tomó por las manos, con ternura y energía—. ¿Eso es posible?

—Barry, aparte de ser atractivo, eres un gran hombre y una gran persona. Te admiro, y aprendí a amarte en este largo viaje espacial. Sí, te diría que sí. Y te lo digo ahora.

—Oh, Hazel, mi vida…

Sus labios se unieron con fuerza, en un contacto apasionado y tierno.

Y entonces, al mirar por encima del hombro de Hazel, descubrió Barry Jaffe aquel parpadeo repentino, azulado, en dos o tres puntos del fuselaje del Saturno II. Algo así como un fugaz, apagado y suave tornasol.

—Eh, Hazel —masculló, apartando su boca de la de ella—. ¿Qué es eso?

Ella se volvió. Y miró también al Saturno II. El destello se repitió, sobre el metal cónico de la cápsula, en varios lugares a la vez.

—No sé… —murmuró—. Nunca lo observé anteriormente. Veamos lo que puede ser, Barry. Descendieron por la escalera

directa a las pistas. Corrieron hasta el Saturno II. Ya ante él, se detuvieron, extrañados. Jaffe enarcó las cejas.

—Mira, Hazel —señaló—. Ese reflejo… procede de esa mancha que envuelve el metal. Parece como óxido, suciedad, desconchados del metal o algo así…

—No —negó Hazel, mirando aquello como fascinada—. No es nada de eso, Barry. Es… es un musgo. Un musgo fluorescente, que produce parpadeos. Extraño, ¿verdad?

—Sí, muy extraño —asintió Jaffe—. Veámoslo más cerca, tomemos muestras de eso.

Se aproximaron hasta casi rozar el fuselaje. Hazel se dispuso a tomar el musgo con su mano. Rápido, como movido por una centelleante idea, por una corazonada inexplicable, el coronel se lanzó violentamente sobre ella, empujándola lejos del Saturno II, apenas los dedos de ella rozaron el musgo o lo que fuese la materia oscura adherida al metal.

—¡No, no, Hazel, por Dios! —gritó roncamente, cayendo con ella en el concreto de la pista, a alguna distancia de la cápsula.

Y fue muy oportuno.

En torno al Saturno II se formó una repentina barrera luminiscente, que brotó del musgo, con parpadeos azul verdosos, y envolvió a éste en un halo inquietante. Una fuerte vibración, una radiación poderosa, lanzó más lejos aún, dando tumbos, entre chispazos violentos, a la pareja, estrechamente abrazada. Jaffe la protegía con su corpachón atlético, enfundado en el plástico antitérmico de su uniforme de astronauta internacional.

Alrededor de la cápsula, el concreto de la pista formó un cerco derretido, blando y fofo, como si en vez de duro material fuese simple cera o vidrio. De haber estado allí Hazel, ahora no existiría, destruida por tan extraño poder.

*

El doctor Feng se enjugó el sudor de su frente. Bajó la mascarilla, rápido, y retrocedió, soltando el bisturí y las tijeras. Jadeó, entre dientes, rota su proverbial impasibilidad de hombre asiático.

—¡No, no…! ¡Eso no puede ser!

Y horrorizado, sin cerrar siquiera las incisiones hechas en el cuerpo humano tendido en la mesa operatoria, corrió, patinando en

el terso suelo, hacia el exterior de los quirófanos y laboratorios de la base espacial.

Abrió violentamente la puerta, tras echar una mirada de horror al cuerpo tendido e inmóvil sobre la mesa operatoria, rígido como una estatua. Era igual que si temiera verse perseguido por aquella persona de aire apacible, un empleado del EuroCosmos Centro, con el cuerpo abierto por el bisturí.

Salió precipitadamente al corredor, emprendió veloz carrera, jadeando, ante la sorpresa de Brampton y de Novak, que le vieron pasar ante él como una exhalación.

—Pero… doctor Feng, ¿qué le ocurre? —masculló el astronauta de color—. ¿Existe algo en el mundo capaz de alterar así a un representante de la honorable y moderna China?

Feng no respondió siquiera. Ni parecía haberles visto. Solamente se detuvo cuando ante sí, viniendo con paso rápido de otra planta del pabellón, vio aparecer al coronel Jaffe y al comandante Solohov. Les miró como alucinado. Y ellos a él.

—Doctor Feng… —musitó Solohov, enarcando las cejas—. ¿Usted, así…?

—Señores…—gimió el chino—. Es espantoso. Acabo de descubrir la verdad. La espantosa verdad.

—¿A qué se refiere? —replicó Jaffe—. Nosotros también tenemos algo que decirle.

—Esperen. Esto es más importante. Mucho más — recobró el aliento el sabio de piel aceitunada. Añadió luego, rotundo—. Toda esa gente, coronel. Todo el mundo en Londres ¡vive aún!

—¿Cómo? —chilló Solohov.

—Están vivos, comandante. Su apariencia es de muerte, pero sus tejidos viven, están frescos y llenos de vitalidad. Sólo su cerebro. Su cerebro está paralizado, bloqueados sus centros nerviosos por completo. Su circulación sanguínea reducida a cero; sin embargo, la sangre no se coagula. Eso quiere decir que viven en muerte. Y que algo, una radiación, o una materia viva, inconcebible para nosotros, ha penetrado en ellos, provocando este fenómeno.

»La materia… la materia es como un virus infinitamente pequeño, adherido a esos centros nerviosos y mezclado con su sangre para no coagularla definitivamente. Es… Es espantoso. Los virus pueden extenderse a velocidad de vértigo, por lo que he visto

al estudiar en el microscopio electrónico una muestra de sangre y de tejido cerebral. En apenas cinco segundos, ¡puede dar la vuelta al mundo!

—¡Esto significa que todo el globo está afectado, Feng! —murmuró lívido Jaffe.

—Exacto. Pero, coronel, ¿es que eso no le inmuta, no le sorprende? —gritó Feng.

—No, doctor, porque hace un momento la profesora Graham y yo hemos descubierto el origen de ese virus. ¡Está ahí afuera, en las pistas! Y no es otro que nuestra propia cápsula, el Saturno II.

—¿Qué? —Feng parecía a punto de desfallecer.

—Trajimos algo con nosotros, doctor. Un musgo.

—¡Un musgo!

—Alguna materia adherida al casco de la cápsula. Ni siquiera lo advertimos, pero vino con nosotros a la Tierra, y aquí descargó su terrible poder. Sí, doctor Feng. Hemos traído, desde Saturno, el fin del mundo. Y sin sospecharlo siquiera.

CAPITULO XI

Rostros preocupados, tensos, se arracimaban tras la vidriera. Todos los ojos contemplaban un mismo objeto, una misma cosa, aislada y solitaria en las pistas del cosmódromo: la cápsula espacial Saturno II. La nave del horror viviente. La auténtica portadora del caos.

Allá, rodeada por su extraño e irreal halo azulado, que la aislaba y protegía, con el cerco goteante, oscuro y deforme del concreto derretido por una poderosa, increíble fuerza térmica, parecía extrañamente inofensiva, y ridículo pensar que pudiera a causar el fin de toda la Humanidad.

Y sin embargo, así había sido.

Aquel alucinante musgo oscuro, de tornasolada luminiscencia, era el culpable de todo, la energía o materia viva que había llegado a la Tierra descargando su poder aniquilador sobre todo lo viviente. E incluso sobre mecanismos, motores, fluidos magnéticos o eléctricos, con algunas raras excepciones como el alumbrado. Quizá algo demasiado insignificante y simple para su forma de destruir. Para su pensamiento, si es que lo tenía aquella monstruosa forma adhesiva. Y sobre ello, el doctor Feng tenía sus ideas, basadas en análisis y estudios inmediatos de la forma de vida llegada de otro planeta.

—Estoy seguro —afirmaba una y otra vez—, totalmente seguro, amigos. Esa cosa no sólo tiene vida, sino que piensa.

—Es una idea demasiado horrible, doctor —protestó Solohov—. ¿En qué se funda para…?

—Actuó muy inteligentemente, al descargar su tremendo poder simultáneamente sobre todo el mundo, posiblemente ayudado por factores magnéticos terrestres. Luego, cuando se ha visto en peligro, al ser descubierta por el coronel y la profesora Graham, se defendió muy bien, descargando su efecto protector; infinitamente más débil que el anterior, sino nos hubiera aniquilado a todos en el acto. Lo cual hace pensar en un lógico debilitamiento de su virulencia, de su capacidad de acción, tras su alarde de anoche, paralizando a todo un planeta de un solo golpe.

—¡Dios mío! ¿Puede existir algo así, algo tan poderoso y terrible? —dudó Novak, lívido.

—Amigo mío, peor que eso —se volvió Jaffe a él, sombrío—. Existe. Todos lo hemos comprobado ya.

—Y ahora…, ¿qué vamos a hacer? —quiso saber con vivo tono Luther Brampton.

—Sólo cabe una solución: destruir la cápsula. Con ese musgo o lo que sea, por supuesto.

—Por supuesto —convino fríamente Hazel Graham—. Pero…, ¿cómo?

Hubo una profunda pausa. Se agitaron los protagonistas de aquella pesadilla, indecisos, sin saber qué hacer o resolver. La idea era acertadísima, por supuesto. Llevarla a la práctica, realizarla, era algo muy diferente.

—De los análisis practicados, resulta que esa materia extraplanetaria es una especie de virus o hacinamiento de millones de virus movidos por una sola inteligencia o fuerza central —explicó pacientemente Hazel—. No es un virus como los que conocemos en la Tierra, sino pura energía viviente, capaz de afectar los centros nerviosos, auténticos motores energéticos del hombre, y cualquier forma poderosa de energía, sea electrónica, magnética o eléctrica, con raras excepciones. Es evidente que la luz le complace, y al ver la noche terrestre, oscura y quizá desagradable para él, respetó los circuitos eléctricos de iluminación. Esto es, naturalmente, sólo una teoría. No podemos saber lo que está pensando esa cosa. Pero podemos deducir claramente lo que hizo.

—Y…, ¿por qué lo hizo? —indagó Novak.

—Eso forma parte del misterio, amigo mío —suspiró el doctor Feng—. Misterio cósmico, estelar acaso. No sabremos posiblemente nunca si eso estaba en Saturno, en las partículas luminiscentes de su anillo de fragmentos planetarios… o llegó de las estrellas, de más allá de las galaxias conocidas, como un insignificante aerolito cargado de muerte. El Cosmos, después de todo, es aún un pavoroso enigma para nosotros, las orgullosas criaturas humanas.

—Entonces, ¿cómo afecta al ser humano, realmente? —quiso saber ahora Brampton, curioso.

—De un modo peculiar —dijo calmoso el doctor Feng, y en sus ojos hubo un brillo extraño, inquietante—. En realidad, no mata en

el estricto sentido de la palabra, tal como lo concebimos en la Tierra. Simplemente, anula los actos cerebrales del ser humano, bloquea su voluntad, adormece las células cerebrales sin destruirlas, y paraliza los sistemas nerviosos y circulatorios sin dañarlos. Eso convierte a los humanos en seres vivos inanimados, insensibles, inconscientes. Pero…

Se detuvo. Frotóse el mentón, como preocupado por algo. Ahora, todos estaban pendientes del doctor Feng; Hazel Graham, que creía entender lo que el científico chino no deseaba exponer abiertamente, estaba pálida, preocupada. Pero ella misma le alentó:

—Adelante, doctor, concluya. Mis dedos están manchados de ese musgo viviente. Lo rocé al intentar averiguar su naturaleza, y el coronel Jaffe me ayudó luego a analizarlo, en tanto usted descubría la verdad en el estudio de uno de los cuerpos inmóviles. Creo saber lo que piensa, porque el análisis de esos residuos de materia interplanetaria en mi epidermis han revelado algo espantoso, realmente increíble.

—Me alegra que intuya usted, profesora, lo que voy a decir —suspiró Feng—. No porque me complazca confirmar mi teoría, sino porque así ésta cobra auténtica dimensión. Una terrible dimensión, para ser exactos, caballeros y amigos. Esas células, virus, corpúsculos o como queramos llamarlos, que se expanden en plena actividad a razón de miles de millas por segundo, en todas direcciones, formando una auténtica envoltura sobre el planeta, paralizándolo, como ya hemos visto… tienen una sola inteligencia central.

—¿Qué? —se horrorizó Solohov.

—Quiero decir que no piensan por sí solos, sino coordinados con respeto a una mente, centro o como queramos llamarlo, único y total. Si ese hecho, como temo, se produce sobre cada ser humano controlado y paralizado, tendríamos que, llegado el caso, si esa fuerza estelar lo desea, podría volver a despertar a todos los humanos, pero esta vez reducidos a una sola mente universal, que sería la suya. Es decir, cada hombre sería un autómata que haría lo que esa cosa decidiera y quisiera. Y todos, miles de millones de seres de todo el planeta, se moverían al unísono, en una sola dirección y un único objeto: el que esa horrenda criatura resolviera. Ese es, caballeros, el hecho más terrible de todos.

—¡No! —jadeó Novak—. ¡Imposible!

Que no era imposible, lo demostró en ese momento Luther Brampton, asomado al exterior, sombrío y preocupado.

Con un color ceniciento en su rostro oscuro, se volvió a todos, estremecido, y gritó con voz ronca:

—¡Miren, miren al exterior! ¡Vienen todos! ¡Por miles, quizá por millones! ¡Es una riada humana!

—¿Qué dice? —aulló Barry Jaffe, precipitándose a contemplar el suceso.

—Ellos… La gente, coronel —jadeó el negro—. Han recuperado el movimiento, vienen hacia acá en masa, como autómatas. Y mire sus rostros. No expresan nada, no revelan nada. Siguen siendo como antes, pero en movimiento. Parece… Parece como si quisieran…

—Como si quisieran atacarnos, destruirnos…—afirmó rotundo Barry Jaffe, muy pálido—. Sí, Brampton. Creo que eso es, justamente, lo que millones de seres de todo Londres vienen a hacer ahora aquí con nosotros.

Y un ramalazo de terror recorrió a los escasos, débiles, indefensos supervivientes.

CAPITULO XII

La muchedumbre continuaba su avance.

Eran ya pocas las yardas que les separaban del acceso al cosmódromo. Jaffe había dado orden de reforzar los accesos, e incluso de esgrimir armas; pero era el primero en saber cuán ridícula sería esa defensa contra miles y miles de seres en movimiento, guiados por una fuerza superior e implacable que los utilizaba como marionetas.

Ahora todos se hacinaban en silencio, en la última planta del pabellón central de EuroCosmos Centro. Jaffe no les había ocultado lo que les esperaba. El pavor era colectivo; pero gracias a la firme autoridad de los cinco astronautas y de Novak, se mantenía la tensa calma, la mínima serenidad.

Incluso el profesor Nikola Heuvelman, extrañamente dócil y tranquilo, con sus manos esposadas y el aire ausente, asistía a la asamblea colectiva con aire abstraído, como lejano. Junto a él, Novak no le perdía de vista. Y pensaba en Kathleen y en el niño, acomodados en una cámara inmediata, a la espera de los tremendos acontecimientos que nadie podía evitar.

Afuera, en las pistas del cosmódromo, la cápsula Saturno II parecía opaca y sin el brillo azulado de antes. Feng la observaba pensativo, astuto, como el enemigo que espía a otro, aguardando un momento débil del mismo.

—Toda esa multitud se mueve guiada por una sola mente —susurró Solohov, regresando del ventanal que dominaba las avenidas del acceso al cosmódromo—. Es horrible.

—E inevitable —sentenció Jaffe—. Debemos luchar, pero pereceremos.

—Según sus teorías, esa materia o… lo que sea, estará ahora irradiando una enorme energía para unificar a toda esa masa humana, ¿no cree, doctor Feng? —indagó Novak.

El oriental se volvió despacio. Afirmó.

—Estaba pensando en eso, Novak —admitió—. Y me lo confirma el hecho de que no brille el tornasol de ese musgo en el casco de la cápsula. También su halo protector es más débil. Debe

estar agotado de emitir ondas de energía. Yo diría que su único momento débil es éste, cuando aún sin adaptarse a las condiciones del planeta Tierra, tiene que apelar a toda su fuerza para manejar a millones de seres a la vez.

—¿Y de qué nos sirve eso? —se quejó amargamente Jaffe—. Nadie puede atravesar esa campana protectora. ¿Cree si no, que hubiera dejado de descargar sobre esa cápsula, aun destruyéndola con su propia materia estelar, ese cañón ligero de cargas termonucleares reducidas?

Y señaló una de las livianas piezas diseñadas para la teórica defensa del cosmódromo en caso de peligro, asomado su delgado cañón acerado al exterior.

—Es evidente, coronel, que si algo pudiera romper ese débil cerco o halo actual, quizá fuera posible hacer llegar la carga nuclear hasta el cuerpo metálico de la cápsula —opinó Solohov, como experto en balística, explosivos y energía nuclear—. Pero si falla, el proyectil rebotaría, provocando un desastre en derredor y, por tanto, aquí mismo.

—Por eso no hice el disparo —gruñó Jaffe, oprimiendo con fuerza la mano de Hazel.

—Morir por morir, Barry… —musitó ella, tristemente, con una sonrisa.

Feng estaba estudiando aún la cápsula. De repente se puso rígido. La noche había caído ya hacía horas; se aproximaban sin duda a la medianoche. Casi veinticuatro horas después del gran desastre. Afuera, la multitud fría, silenciosa y cruel, empujaba ya las reforzadas puertas del recinto. Era cuestión de tiempo que lograran penetrar. De poco tiempo ya. Su poder era incontenible.

Los proyectores de luz derramaban claridad en las pistas. Había una fría llovizna y soplaba el viento. Este lanzaba sobre el concreto de las pistas objetos y matorrales. Nadie cuidaba del cosmódromo y su limpieza ahora.

Uno de los objetos era una simple lata vacía, posiblemente de algún lubricante de motores. Una ráfaga de aire la lanzó contra la cápsula Saturno II.

Ocurrió algo curioso. Un chisporroteo rápido en el tenue halo azulado, y éste se extinguió, dejando indefensa la cápsula. Y pulverizada la lata. Pero la ilusión duró un instante. Cosa de tres

segundos más tarde volvía a aparecer, aunque débilmente. Pero suficiente para servir de muro inexpugnable de energía al poder central de aquel horror, agazapado como un parásito diabólico, en el casco de la nave.

—Unos segundos tan sólo… —meditó Feng—. Dos o tres bastarían. Coronel, venga, por favor. Jaffe acudió, mirando afuera. Habló Feng.

—Un objeto o cuerpo lanzado contra esa capa protectora, en estos momentos de debilitamiento de su energía, provoca un circuito fallido durante escasos segundos. Apunte su cañón a la nave. Afine la puntería. Debemos probar lanzando algo para provocar el impacto.

—Sí, pero, ¿qué? —dudó Jaffe.

—No sé. Algo que permita esa alteración, que abra un hueco…

Explicó a todos lo que había presenciado. Al terminar, miró a Novak.

—Usted es experto en seguridad. ¿Qué piensa?

—Que debemos intentarlo —suspiró Richard, incorporándose—. Yo mismo lo intentaré.

—Es un tremendo riesgo —advirtió Jaffe—. ¿Qué hará?

—Aproximarme y arrojarle algo con suavidad, para que no provoque reacción defensiva en él. Algo inesperado, como esa lata movida por el viento que usted citó, doctor. Eh, esperen. El profesor Heuvelman… ¿dónde está?

Todos miraron en torno. Era cierto. Heuvelman había desaparecido.

Hubo un movimiento de inquietud, de temor. Vieron abierta la vidriera que daba a las pistas. Rápido, Novak corrió allá y se asomó.

—¡Heuvelman corre escaleras abajo! —avisó—. ¡Quiere escapar, el muy loco!

—Déjele, Novak —suspiró Jaffe—. Ahora no puede hacernos mucho daño. No más que todo esto que nos rodea.

Novak, pálido, seguía asomado. Se volvió, precipitadamente al coronel.

—¡Pronto, ese cañón! —jadeó—. ¡Apunte a la cápsula!

—¿Qué? —jadeó Jaffe—. ¿Por qué dice eso?

—Heuvelman… —susurró Novak—. Heuvelman. Va hacia la

cápsula. Ha mirado hacia acá y ha sonreído. Creo… Creo que ha recuperado la razón, o su locura se ha transformado en sublime. Entendí su gesto, Jaffe. ¿Entiende usted ahora? ¡El cañón termonuclear! ¡El cañón…!

Barry Jaffe sí entendía ahora. Se precipitó sobre el liviano lanzaproyectiles. Graduó su puntería minuciosamente. Quizá no habría otra oportunidad. Tenía que ser ahora, o quizá no sería nunca.

Heuvelman estaba abajo. Parecía huir, escapar de algo. Corrió por las pistas, cerca de la cápsula. Ésta, como un siniestro y débil ojo escondido, vigilante, debía observar, pero quizá no temiera nada. Heuvelman era un loco, un fugitivo. Pasaría de largo cerca de aquello. Parecía su propósito. Pero no lo era. Novak sabía que no lo era.

Y no lo fue.

Inesperadamente, dio un brusco giro a su carrera. Suicida, se lanzó sobre el halo azulado, luminiscente. Lo golpeó, brutal. Hubo un chisporroteo súbito, violento, tras el impacto. El cuerpo se volatilizó. Heuvelman desapareció en un fogonazo, pero también el halo protector. Duraría dos segundos, acaso tres. No más.

Suficiente para Jaffe. Oprimió el disparador. El cañoncito lanzó la cápsula termonuclear, de acción reducida. Una simple y pequeña cabeza nuclear le dotaba de gran poder ofensivo, aunque limitado.

El proyectil dio de lleno al Saturno II y estalló. Y con él, la cápsula toda, desintegrada brutalmente. Con ella, se perdía en la nada, para siempre, todo el resultado de un gran viaje científico y técnico. Pero también se extinguía una masa desconocida y terrible, capaz de destruir a la Humanidad.

En un instante, igual que como empezara, terminó todo. Y el mundo volvió a funcionar.

*

—Heuvelman, al fin, fue útil a la Humanidad. Tal vez más útil que nadie en este mundo — comentó Richard Novak, pensativo, oprimiendo la mano de su cansada pero animosa mujer.

—Dios le bendiga —musitó ella—. Se sacrificó por todos nosotros.

—Eso le rehabilita para siempre —sentenció Jaffe, pensativo. Escuchó el exterior, bullicioso y lleno de gritos, de canciones, de

risas. Meneó la cabeza, perplejo—. Esos locos…

—¿Quiénes? —sonrió Hazel.

—Todos. Despertaron de súbito, sin saber lo que hacían ni por qué lo hacían. Pensaron que estaban ebrios, que nada había sucedido. Los relojes vuelven a funcionar a partir de las doce. Apenas aniquilado el poder central de esos virus, su vida se extinguió, y todos se liberaron. Ahora, ¿quién les convence de que pasó un día entero? Un día que no figura en ningún calendario…

—De modo que están celebrando… la Nochevieja de 1999 —sonrió Kathleen.

—Eso es, señora Novak. Están celebrando la entrada en el nuevo año, el principio del siglo. El día uno de enero del año 2000…, sin saber que estamos ya a día dos de enero.

—No, coronel —terció Solohov, irónico—. Yo más bien diría que este día no existirá jamás en ningún calendario. Los pocos supervivientes de aquel horror, jamás lograremos convencer a nadie de lo sucedido. Y acaso vale más que ni siquiera lo intentemos. Para todos, hoy es el primero de enero del año 2000.

—Pero…, ¿y ayer? —murmuró Hazel—. ¿Y el día que ha pasado ya?

—Ése… fue el treinta y dos de diciembre, querida —sonrió Barry Jaffe, jovialmente. Y besó a la muchacha, bajo la mirada de reproche del severo doctor Feng.

FIN